

CHRISTIANIDAD



NADALA

En una humil establia
la Rosa de Jericó
ha tret bella florida
i en sa falda beneïda
dorm un Infant que somnia,
l'Infant es mon salvador.

Jo cantar-li bé voldria
una prou bella cançó:
oh Jesús, Vos sou ma vida,
jo no vull que ploreu, no,
per Vós la terra floria
amb amor i redempció

O Jesús, fill de Maria,
inspirador de Santedat,
porteu pau i alegria
als lectors de CRISTIANDAD

JOAN D'ORDAL

LOS FRESCOS DE IGNACIO M.^o SERRA GODAY EN EL ABSIDE DE LA IGLESIA DE N.^o S.^o DE LA ALEGRÍA DE TIANA

El 3 de junio de este año de 1973, terminé el ábside de la Iglesia antigua de Tiana, Nuestra Señora de la Alegría, y el 16 del mismo mes se inauguraron las pinturas con una Misa concelebrada a la que asistieron muchos amigos y entre ellos algunos de los artistas que más admiro.

Mis compañeros de "Cristiandad" me pidieron que presentara con unas líneas la obra realizada en Tiana, a los lectores de la revista; y si bien en un principio no me sentía muy inclinado a hacerlo, por pensar que las pinturas son simplemente para ser vistas, y en el caso de pinturas murales para ser vistas en el espacio y ambiente en el que fueron creadas, pensé luego que en el momento artístico, tan desorientador, en que vivimos quizá para alguno podía ser útil escuchar una voz distinta que dijera sensata y llanamente cuatro palabras sobre la pintura al fresco.

Y no creo que nadie pueda censurarme por comentar mi propia obra, ni tacharme de imodesto, cuando los genios oficiales del momento se complacen

desde hace tiempo, en presentarse en la vida y en el arte con auténticos gestos de histrión.

Cuando empecé a considerar cómo podía decorar el ábside de la Iglesia de Nuestra Señora de la Alegría, me di cuenta, que el problema venía planteado con unos datos tan determinados y fijos que insensiblemente me llevaban a una solución lógica, solución en la que apenas podía introducirse alguna variante.

Tenía por una parte una temática, las Alegrías de la Virgen, perfectamente concretada en nueve escenas de la vida de María; y por otra parte unos muros de dimensiones establecidas que forman el ábside pentagonal cubierto con bóveda nervada ogival. Las dimensiones de los muros en proporción con el resto de la iglesia me fijaban el tamaño ideal de las figuras.

En cuanto a la técnica a emplear, para mi la elección no era dudosa, pues sólo la pintura al fresco tiene la calidad que corresponde al grueso y a la historia de los muros de nuestra Iglesia Vieja.

LA ELECCIÓN DE LOS TEMAS

De entre las alegrías de la Virgen, por lógica y estética, los temas de la Asunción y de la Coronación, debían ocupar el lugar central del presbiterio. Ahora bien, por la forma misma del muro, limitado en la parte superior por un arco apuntado, era imposible situar en lo alto las personas de la Santísima Trinidad de la Coronación de la Virgen, por esto se ha pintado la Asunción al Cielo reduciendo la Coronación a un simbólico atributo. En la parte baja los Apóstoles, junto al Sepulcro, completan la escena de la pared central.

Para las escenas que habían de flanquear la Anunciación elegí los dos temas que compositivamente tenían mayor analogía: la Anunciación y la Aparición de Cristo resucitado a la Virgen. De estos dos temas, el primero ha sido tratado feliz y reiteradamente por los pintores durante varios siglos, pero del segundo, puedo decir que, quizá por no constar en la Revelación escrita, no existe iconografía propia y es la primera vez, que yo sepa, que aparece en la decoración mural. Sobre cada una de estas dos escenas se ha

situado el Profeta correspondiente, Isaías para la Encarnación, David para la Resurrección.

En el lienzo de pared de la derecha mirando al altar, se ha pintado en escena conjunta la Adoración de los Reyes y de los Pastores. Ésta y la escena de enfrente, han sido pintadas varios años después de las tres descritas anteriormente. Creo que cualquier visitante atento se dará cuenta de este hecho. En cierto modo la puerta de la sacristía nos ha servido como peana para situar la Virgen con el Niño; a la izquierda están los tres reyes y a la derecha los pastores. En lo alto los ángeles y la cartela del "Gloria in excelsis Deo". Quizá compositivamente ésta la escena más lograda.

En el muro de enfrente, de entre las Alegrías que faltaba representar, se han elegido dos: El encuentro del Niño Jesús en el Templo y la Visitación. De la primera se ha representado el momento culminante, la explicación del Niño cuando ya salen del Templo. La otra escena, la Visitación, queda en la

lejanía; la muralla que le sirve de fondo está tomada del ribat tunecino de Monastir.

En la parte alta se han situado los evangelistas que narran las escenas representadas, San Lucas y San Mateo.

No debemos olvidar que al representar las Alegorías de la Virgen en la Iglesia de su advocación la pintura cumple la función que Pío XII señala a las obras de arte de asuntos religiosos cuando dice: "tra-

ducen en caracteres de fácil lectura y en lenguaje universal la verdad cristiana". Pero debe cumplir también aquella otra función que el mismo papa asignaba al arte en general. "La función de todo arte está en el hecho de romper el recinto angosto y agobiante de lo finito, en el que el hombre está sumergido, mientras vive en este mundo, y en abrir a su espíritu anhelante, como una ventana hacia el infinito" (1).

LA TÉCNICA EMPLEADA

No hace mucho hablando con alguien que me había sido presentado por un amigo mío como pintor, al decirle que yo pintaba al fresco, con este lenguaje tan típico de hoy y tan falto de autenticidad, me replicó que ésta del fresco era una técnica ya superada.

A mí me parece que una técnica que nos permite conocer, a más de dos mil años de distancia, las pinturas de Pompeya y de Paestum, que nos permite ver como si estuvieran recién terminadas los frescos que hace más de quinientos años realizó el Pinturicchio en la Biblioteca Piccolomini de Siena, no es una mala técnica.

Y en cuanto a las posibilidades de expresión artística, la técnica de la que se sirvieron para sus pinturas murales Massaccio y Piero della Francesca, que sirvió para decorar la Sixtina y las Estancias del Vaticano, pensé, que a humilde distancia, también podía servirme a mí para pintar.

Lo que ocurre es que la técnica de la pintura al fresco es realmente difícil y complicada. En 1550, en una época en que la gente sabía bien su oficio, escribía Giorgio Vasari: "muchos de nuestros artistas, verdaderos maestros en trabajos al óleo o al temple, fracasan sin embargo cuando intentan pintar al fresco" (2).

En realidad hoy empleamos exactamente la misma técnica que nos explica Cennino Cennini en su famoso libro (3), "como el más dulce y bonito trabajo que haya".

Sobre el revoque existente se extiende a la hora de pintar, después de mojar debidamente el muro, una capa de mortero fresco de cal y arena de mármol. Pasados unos minutos se calcan las líneas principales del dibujo pasado una muñeca con carboncillo pul-

verizado sobre el dibujo previamente agujereado, con una aguja o punzón. Todavía se notan en los frescos de Piero della Francesca y de Andrea del Castagno los puntos negros del carbón. Con un pincel fino y con verde el color recomendado por Cennini, que es el más fácil de anular se perfila el dibujo del calco.

Luego con los polvos de los colores disueltos en agua se empieza a dar las tintas que constituirán ya la pintura definitiva. Durante ocho o diez horas el mortero admite la pintura y fraguará con ella, habrá que recortar la parte no pintada para que al día siguiente pueda prepararse de nuevo. Puedo decir que en la Iglesia de la Alegría no se ha hecho ningún retoque en seco.

Pero hay que decir que el trabajo preparatorio de esta clase de pintura, es tanto o más largo que el de la realización sobre el muro recién preparado.

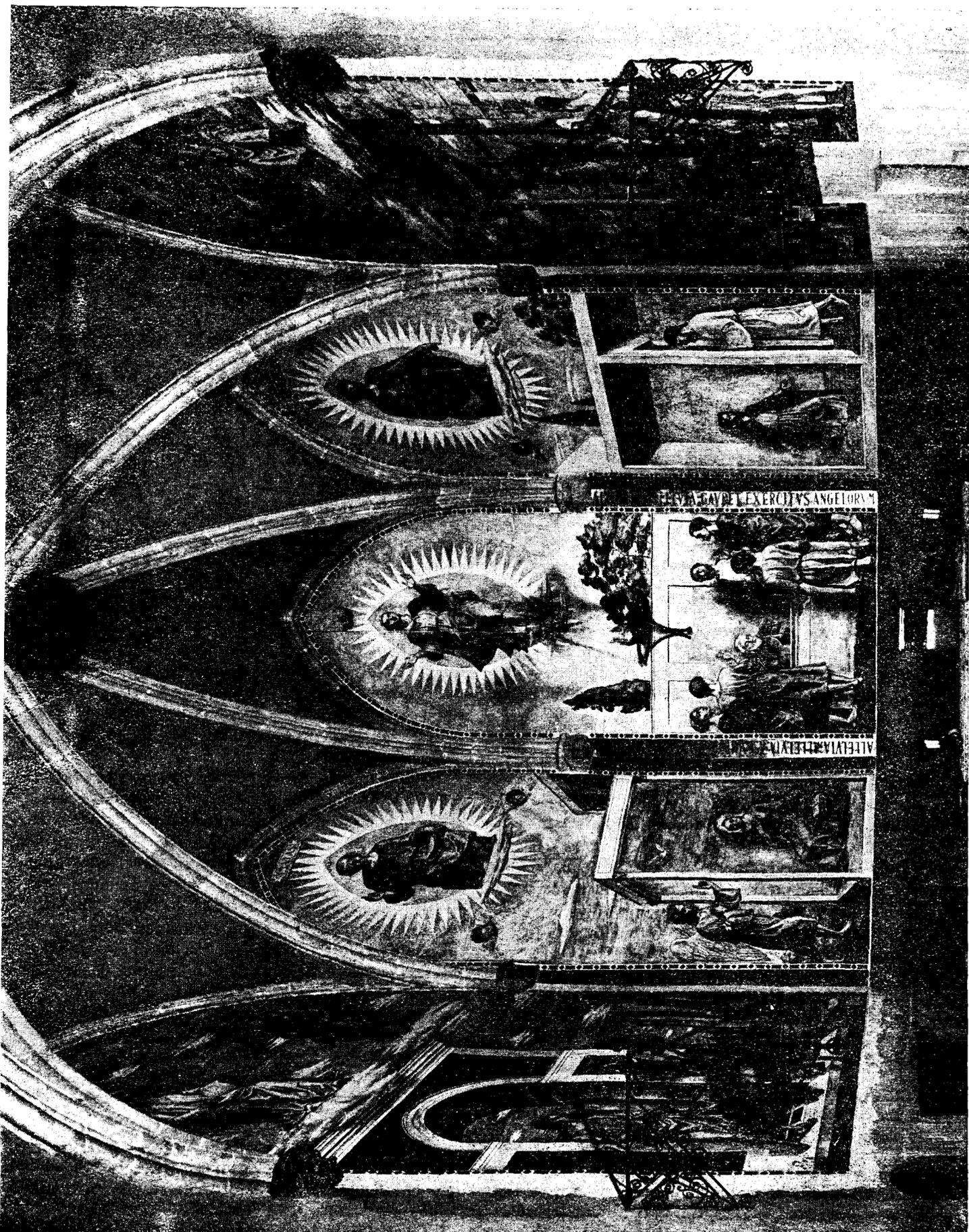
Empezando por los bocetos o croquis iniciales he de confesar que para la decoración mural es muy posible que tenga yo cierta ventaja sobre mis colegas pintores, por la costumbre, de muchos años, como arquitecto, de proyectar a escala, de trabajar en grandes dimensiones y componer y vivir las obras en el espacio. Para quien se ha formado solamente en la pintura de caballete no es fácil el salto a la decoración mural. Aparte de las dificultades de la técnica al fresco si se quiere lograr que la pintura "se aguante", como decimos en el lenguaje vulgar, ha de estar bien proporcionada y debidamente relacionada con la Arquitectura; pero sobre todo, no puede haber engaño en el dibujo, no puede haber pintura mural invertida.

Una vez elegidos los temas, viene quizá la parte más sutil, pasar de la idea a la imagen, pero de tal modo que en la imagen viva la idea. Y esta vida se ha de conservar en la realización acabada. Éste es el gran milagro del arte y ésta es la gran dificultad: el peligro de que en la realización a tamaño definitivo, previos los necesarios apuntes del natural, se pierda

(1) Pío XII. Discurso a los expositores de la sexta Cuadrifonal Romana (8-IV-1952).

(2) Giorgio Vasari. *Vidas de pintores, escultores y arquitectos ilustres*. Cap. V. La pintura.

(3) Cennino Cennini. *El libro del arte*.



ALTELIANA

EXERCITVS ANGELORVM

pueden tener de vida estas pinturas, entonces aquella la gracia y la vida del croquis inicial. Por este motivo una gran parte del arte actual huye del acabado y se contenta con promesas y primeras intenciones.

Con sus cualidades y defectos las pinturas de la Alegría no son pinturas de primera impresión. Hoy se espera de la pintura el impacto de un cartel; hemos visto decoraciones murales que no son más que un inmenso y aburrido cartel. Ciertamente que no he pensado en la moda del momento mientras pintaba, pues ni por temperamento me dejo llevar fácilmente por una corriente que no sienta, ni la misma técnica al fresco invita a un frívolo quehacer. Cuando uno piensa que el mortero de cal tarda más de cien años en adquirir su dureza definitiva, cuando

uno piensa en los siglos, que con un poco de suerte, norma del arte actual, el máximo de intensidad con el mínimo esfuerzo (4) no tiene ningún sentido y en las horas de trabajo, viene en cambio a la memoria el saber horaciano, "porque el gusto que me da engaña la fatiga del trabajo" (5).

De la pintura al fresco decía el Vasari que "una vez secada la cal la obra adquiere más y más belleza y unidad que cualquier otro trabajo". Esperemos que el paso de los años le sea favorable a mis pinturas.

IGNACIO M.^a SERRA GODAY

(4) De esta máxima decía Carlos Soldevila, con mucha gracia, que más le parecía una norma de economía que de estética.
(5) Horacio, Sátiras II, II, 12.

IMPORTANCIA DE SANTA MARGARITA MARÍA ALACOQUE EN EL CULTO AL CORAZÓN DE JESÚS

El 17 de diciembre de 1673 tenía lugar la *primera de las apariciones del Sagrado Corazón a Santa Margarita*. En esta aparición el Corazón de Jesús le dijo que quería difundir, por medio de ella, las llamas de su ardiente caridad para que los hombres se enriquezcan con los tesoros de su Corazón que contiene las gracias de santificación y salvación necesarias para apartarlos del abismo de perdición. Y añade: "te he elegido a ti como un abismo de indignidad y de ignorancia, para el cumplimiento de este gran designio, a fin de que todo sea obra mía" y como señal de que no ha sido imaginación la gracia que le había concedido... "te quedará, le dijo, en el costado un dolor para siempre" (Calveras "Los elementos de la devoción al Corazón de Jesús", pág. 650).

Conmemoramos, pues, este año, el tercer centenario de la primera de las apariciones, que debían culminar con la del año 1675, en la que pedía el Corazón de Jesús la celebración de la fiesta dedicada a honrar su Corazón.

I. La devoción al Corazón de Jesús ayuda extraordinaria para nuestro tiempo

La Dirección General de Roma, en el Boletín Internacional de febrero de 1971, recuerda que esta de-

voción tiene doble carácter: uno *supratemporal* y otro *temporal*; el temporal se manifiesta en la inclusión del corazón en el culto al amor de Cristo; y en que se presenta como una extraordinaria ayuda para nuestro tiempo, como reconoce Pío XII en la Encíclica "Haurietis aquas".

"Precisamente este carácter de gracia y ayuda extraordinaria en la devoción al Corazón de Jesús es lo que hoy muchos no aprecian y aún desechan. La explicación de esta actitud negativa podrá encontrarse en que Santa Margarita y sus revelaciones han sido dejadas a un lado en los últimos decenios." "Es por las revelaciones carismáticas de Santa Margarita que sabemos que la devoción al Corazón Divino es un auxilio particular de Dios para las aflicciones de nuestro tiempo. No cabe duda de que la actual decadencia de la devoción al Corazón Divino se debe en gran parte a que en los últimos decenios se ha ido desligando más y más de Santa Margarita esta devoción. Esto ha sido una equivocación fatal y todo intento de renovación de la devoción al Corazón de Jesús ha de ir a la par con una rehabilitación de la Santa de Peray-le-Monial." (B.I.D., pág. 38, 44).

Un breve recorrido a la historia y desarrollo de esta devoción, pone de manifiesto lo muy extendido que en tiempo de Sta. Margarita estaba este culto

entre las almas piadosas. Baste recordar a S. Juan Eudes que en 1670, o sea, antes de que Sta. Margarita entrara en Religión, lograba que algunos Obispos aprobaran un Oficio y Misa en honor del Corazón de Jesús, compuestos por el mismo Santo; y a S. Pedro Canisio que fue por el Corazón de Jesús favorecido con una gracia mística en 1549 y que fue apóstol de esta devoción, más de cien años antes de las apariciones de Sta. Margarita.

Por esto uno se admira de que el P. Stelin, en su libro sobre "Apariciones", para desvirtuar las apariciones de Sta. Margarita, haga hincapié en el hecho de que parezca que la Santa copiara las imágenes simbólicas usadas por otras almas agraciadas con carismas. No tuvo necesidad de copiar de nadie, tanto la imagen simbólica, como el culto al Corazón de Jesús eran en aquel tiempo sobradamente conocidos. La Santa Margarita en este aspecto no inventó nada. La gloria de Sta. Margarita, como advierte Pío XII en la "Haurietis aquas", es haber sido la principal promotora y anunciadora infatigable de este culto. Parece tocarse aquí, con la mano, la acostumbrada manera de actual del Señor, que eligió la flaqueza del mundo..., lo que no es nada... para que nadie pueda gloriarse ante Dios (1 Cor. 1, 27).

II. Las revelaciones de Santa Margarita y el culto al Corazón de Jesús

Como que una de las principales objeciones que se hacen a este culto es lo muy relacionado que está con las revelaciones de Sta. Margarita, muchos, a fin de superar esta dificultad, lo fundan, tan sólo, en la Sagrada Escritura y la Tradición. Ciertamente que algún culto se podría tributar al Corazón de Jesús, prescindiendo de estos carismas; pero lo que interesa es saber si las revelaciones de Sta. Margarita tienen especial importancia en el culto, y si aportan al mismo algo que constituya lo característico y peculiar suyo.

a) Algunas consideraciones sobre los carismas extraordinarios

¿Por qué el culto al Sdo. Corazón se separa de las revelaciones a Sta. Margarita? La razón principal es que muchos no quieren fundar su piedad sobre revelaciones privadas. Las revelaciones privadas se prestan a engaños, contribuyendo a disminuir el valor de las revelaciones públicas, y a dar más importancia a las revelaciones privadas que a la doctrina del

Magisterio de la Iglesia. Por esto dicen, es mejor no hacer caso e ignorar tales revelaciones. Estas razones tienen un fondo de verdad; y nos enseñan que hemos de ser prudentes y circunspectos en admitirlas; y que es preferible el sospechar de ellas, que ser demasiado crédulos.

b) Actitud de la Iglesia

La Iglesia en estos asuntos obra con gran cautela, generalmente se contenta con decir que tales manifestaciones no contienen nada contra la fe y moral. Raras veces emite juicio sobre la autenticidad; las recomienda u obra en conformidad con lo que ellas manifiestan.

El criterio de la Iglesia está expuesto en el artículo 12 de la Constitución "Lumen Gentium": "*Estas gracias extraordinarias que son adecuadas y útiles a la Iglesia, hay que recibirlas con gratitud y consuelo; pero no hay que pedir las temerariamente (es decir como exigiendo estas pruebas para obrar); ni tampoco esperar, con presunción el fruto del trabajo apostólico (ya que el Señor pide de nosotros nuestra cooperación y nuestro trabajo)*".

Hay que evitar, según esta doctrina, dos tendencias extremas: ni rechazarlas de plano todas, ni admitirlas fácilmente como auténticas. Lo que se pide es que se deje al juicio de la autoridad eclesiástica.

Sería irracional decir que no necesitamos de estas revelaciones, puesto que el Señor se puede valer y se ha valido de ellas, a juicio de la Iglesia, para ayudarnos en la vida de fe.

Es pues, reprobable la conducta de aquellos que afirman que todas estas gracias hay que rechazarlas.

La Iglesia siempre ha guardado este término medio, las ha admitido en las canonizaciones de los santos; pero ha obrado con severidad contra el profetismo y misticismo que, bajo el pretexto de reformar la Iglesia, destruyen la fe, la auténtica vida cristiana y la misma unidad de la Iglesia.

Ella, discerniendo lo verdadero de lo falso, ha enriquecido la vida de piedad con el santo Rosario, con las peregrinaciones a Lourdes y Fátima, con fiestas, como la del Corpus y del Sdo. Corazón, etc.

c) Actitud de los fieles respecto a los carismas extraordinarios

Esto supuesto. ¿Cuál ha de ser la actitud de los fieles respecto a estos carismas extraordinarios?

Si la Iglesia ha juzgado acerca de la autenticidad

de una revelación ¿a qué está obligado el fiel cristiano? Propiamente no se trata de imponer una nueva obligación, puesto que por ellas lo que pretende Dios es ayudar y asegurar el camino de salvación eterna; no hacerlo más difícil. Se trata más bien de lo que se puede hacer, o conviene que se haga.

Y ¿qué es lo que conviene que se haga? Dependerá de la forma como la Iglesia recomienda el contenido de tales revelaciones. Si se trata de la celebración de una fiesta, como es la del Corpus Christi, lo que está mandado, hay que cumplirlo; si recomienda un mensaje, de cuya autenticidad ha juzgado favorablemente, hay que creerlo con fe eclesial. En este caso para no hacer lo recomendado por la Iglesia se necesita, a fin de obrar razonablemente, una razón suficiente; razón tanto más poderosa cuanto más es el interés de la Iglesia en recomendarlo. Sería irracional obrar contra la autoridad de la Iglesia, que obra en tales casos con suma prudencia.

¿Será pecado obrar contra estas instantes recomendaciones? El pecado se deriva del deber que todos tenemos de obrar razonablemente y conforme a la voluntad de Dios y del deber de tener cuidado de la salvación propia y de los demás.

Este deber afecta más a los sacerdotes y a los que tienen ministerio pastoral, porque tienen el encargo de procurar el bien de las almas, en conformidad con las normas dadas por la Jerarquía. Deben por tanto facilitar a los fieles los ejercicios de piedad recomendados por el Magisterio, aunque ellos, los ministros, no los estimasen.

III. *Actitud del Magisterio Eclesial ante las revelaciones de Sta. Margarita*

De lo dicho en el "Boletín" anterior se desprende que los fieles solamente tienen alguna obligación de aceptar las revelaciones privadas cuando el Magisterio Eclesial se ha pronunciado favorablemente. Ahora bien, difícilmente se encontrará un acontecimiento de carácter carismático, como el de Santa Margarita acerca de la devoción al Corazón de Jesús, que haya sido tan reconocido y universalmente aceptado como éste. Y esto aparece: en la institución de la fiesta, en la aceptación de los principales ejercicios de piedad recomendados por la santa; y en la canonización de la misma.

a) *La institución de la fiesta del Sagrado Corazón.*

En la introducción de las devociones y fiestas han intervenido algunas veces revelaciones privadas, así

por ejemplo la fiesta de la Merced de Barcelona. De una forma más universal tenemos la intervención del juicio y autoridad de la Iglesia, en la institución de la fiesta del Corpus Christi, pedida en las revelaciones de Sta. Juliana de Cornillón. Lo mismo podemos decir de Sta. Margarita, con relación a la fiesta del Corazón de Jesús. La Iglesia no obra precipitadamente, con lo cual aparece con más claridad el valor e importancia de la decisión.

Fue en el año 1675, tres años después de la primera aparición, que dentro de la octava de la fiesta del Corpus Christi, Santa Margarita recibió el encargo de trabajar para que se estableciera la fiesta del Sagrado Corazón en el primer viernes siguiente a la fiesta del Corpus, comulgando con intención de reparar las ofensas hechas a Él en el Sacramento del amor.

Aunque se autorizó el culto privado y la celebración de la fiesta en las Cofradías erigidas en honor del Corazón de Jesús, se tardó cien años para que la Congregación de Ritos autorizara la Misa y Oficio propios para ciertos sitios; y otros setenta y cinco años más que se estableciera la fiesta para toda la Iglesia Universal, con carácter de doble mayor. Actualmente está clasificada entre las solemnidades, esto es, entre las de mayor importancia, después de las tradicionales del Señor.

Este modo de obrar demuestra que la Iglesia, una vez persuadido de la autenticidad del mandato del Señor, procura cumplirlo con mayor plenitud y perfección. Y aunque, al obrar así, se apoya en razones teológicas y escriturísticas y no en las revelaciones privadas, algunos teólogos creen que, tanto estas revelaciones de Paray-le-Monial, como las de Lourdes y Fátima, más que revelaciones privadas, tienen cierto carácter de públicas, como que son destinadas al bien de toda la Iglesia.

De lo dicho podemos deducir la falsedad de los que creen que el culto al Corazón de Jesús es una forma de piedad propia del gusto de otros tiempos. Precisamente la institución de estas fiestas se hizo en el tiempo en que el sentimentalismo afectivo estaba en decadencia. La Iglesia sin duda, guiada por el Espíritu Santo, vio en estas revelaciones algo que trascendía el tiempo, una invitación a volver al misterio fundamental de nuestra redención, al misterio del amor de Dios, y de él recibir mayores y más abundantes gracias contra los peligros y necesidades de los tiempos.

b) *La aceptación de los ejercicios de piedad del culto de Paray-le-Monial.*

La Iglesia acepta y recomienda las formas del culto al Corazón de eJesús, que fueron practicadas y recomendadas por Santa Margarita, como son la consagración y reparación. El acto fundamental del culto al Corazón de Jesús, según Sta. Margarita, es el amor, que tiene su expresión en la consagración, al cual, porque somos pecadores, ha de unirse la reparación. Esta condición de pecadores penetra toda nuestra vida; por esto, tratando con Dios, nunca podemos olvidarlo: hemos de pedir perdón y reparar por nuestros pecados y por los de nuestros hermanos.

Las consagraciones de diócesis, de naciones, de comunidades, de familias y la del género humano realizada por León XIII, renovada todos los años en la fiesta de Cristo Rey, por un lado; y por otro, las horas santas, los diversos actos de reparación, principalmente el que está ordenado en la fiesta del Corazón de Jesús, ponen de manifiesto el influjo que las revelaciones de Sta. Margarita han tenido en el culto recomendado por la Iglesia.

c) *La Canonización de Sta. Margarita María Alacoque.*

En este caso no puede decirse que una cosa es la canonización y otra el reconocimiento de los carismas extraordinarios; porque su heroica santidad está íntimamente ligada con la misión que tuvo de promover el culto al Corazón de eJesús, de forma que la aceptación y cumplimiento de esta misión es precisamente la causa de su canonización. Toda la Bula de canonización trata del cumplimiento de esta misión. Al principio, ya establece esta trabazón: "Admirable es la narración de los hechos de la sierva de Dios Sta. Margarita, a la cual varias veces se le manifestó el mismo Señor..." Después, al narrar la vida de la santa, se refieren a las principales apariciones; lo que demuestra que son reconocidas como auténticas. La misma oración de la Misa de la Santa alude a dichas revelaciones.

A este reconocimiento, habría que añadir el que se sigue de la aprobación de los institutos, cofradías, asociaciones, ejercicios de piedad inspirados en Santa Margarita.

Conclusión

Con lo dicho se pone de manifiesto que la Iglesia, atendiendo al bien espiritual de los fieles, ha querido dar importancia a los carismas de Sta. Margarita. Al canonizar a la Sant, al mismo tiempo, confirmó y comprobó su misión acerca del culto al Corazón de Jesús. Estas revelaciones dieron al culto al Corazón de Jesús un carácter especial: el de medio para socorrer con un aumento de gracias, las necesidades de la Iglesia y de los fieles. Estas gracias están, en parte, contenidas en las llamadas promesas del Corazón de Jesús; pero generalmente puede decirse que, por medio del culto al Corazón de Jesús, quiere concedernos aquella ayuda que necesitamos en medio de las tempestados y perturbaciones de nuestro tiempo, para alcanzar la salvación. Esta ayuda especial, y espíritu propio de esta devoción salvadora, tan sólo la conocemos por las revelaciones de Santa Margarita, o si se quiere, por las declaraciones de la Iglesia que nos enseña acerca del significado y uso de esta devoción.

No obran bien los que para defender la devoción al Corazón de eJesús, prescindan de las revelaciones de Sta. Margarita y fundan este culto, tan solo, en la Escritura. La fundamentación en la Escritura es de suma importancia; pero los carismas de Paray-le Monial, no son superfluos. Es digno de loa, el que no se apoyen fácilmente nuestras devociones en las revelaciones privadas; y el que no se exagere su importancia. Sin embargo, cuando la Iglesia ha juzgado de la autenticidad de las mismas, y hace uso de ellas de un modo extraordinario, como en nuestro caso, entonces hay que poner fin a las dudas. La posición acertada es que; hay que evitar las posiciones extremas, ni despreciar las revelaciones de Santa Margarita, ni fundar la devoción al Corazón de Jesús únicamente en ellas. Los carismas paradianos concuerdan perfectísimamente con lo que la Sda. Escritura enseña del misterio de amor de Cristo y de la Santísima Trinidad. Esta concordancia, es la confirmación de su autenticidad. Interpretar las revelaciones de Santa Margarita a la luz de la Escritura, y leer la Escritura con el Espíritu de estas revelaciones, es un camino seguro para entender y ejercer rectamente el culto al Sdo. Corazón de eJesús.

(Extractado del B.I.D. de 1972, págs. 74, 154 y 155)

PROGRESO VERDADERO Y PSEUDO-PROGRESO

La palabra “progreso” viene etimológicamente del verbo latino “*progredior*”, que significa ir delante, avanzar en un camino, proceder en aumento y en perfeccionamiento.

Progreso es la palabra mágica de nuestros tiempos; el progreso es la gran preocupación del mundo moderno; es su ardiente aspiración; y para muchos es su ídolo, y aún su fetiche, al que rinden culto y le inmolan todo.

A la palabra progreso, y a la idea que con ese término se significa, puede aplicarse casi por completo lo que tan profundamente escribe Balmes sobre otra palabra e idea, muy afines a la palabra e idea de progreso; es la palabra “evolución”.

Dice así el gran filósofo y apologista: *“Evolución: éste es uno de aquellos vocablos tan generalmente usados como poco entendidos; palabras, que por envolver cierta idea vaga, muy fácil de percibir, presentan la engañosa apariencia de una entera claridad, mientras que por la muchedumbre y variedad de objetos a que las tales palabras se aplican, son susceptibles de una infinidad de sentidos, haciéndose así su comprensión sumamente difícil. Y ¿quién podrá reducir a guarismo las aplicaciones que se hacen de la palabra evolución? Salvándose en todas ellas una idea que podríamos llamar radical, son infinitas las modificaciones y graduaciones a que se la sujeta”* (El Protestantismo..., c. XIII, página 121 en la edic. de la BAC).

Son ciertamente tan afines los conceptos de progreso y evolución, que muchos, al hablar del progreso, entienden siempre un “progreso evolutivo”.

Es, pues, preciso, ante todo, distinguir dos clases de progresos; porque hay un progreso material, que es el de la técnica, el de la industria, para el bienestar, la comodidad, el disfrute de los bienes y placeres

materiales. Y hay otro progreso, el espiritual, intelectual y moral; el progreso en el conocimiento de la verdad para la práctica del bien; verdad y bien que son los grandes valores y los tesoros más preciosos para el hombre, dada su condición de ser espiritual, por su alma inteligente y libre; hecho a imagen y semejanza de Dios, y redimido por Cristo para la consecución de su destino sobrenatural, de eterna felicidad.

Y es mucho de advertir que estas dos clases de progresos no pueden ir separadas ni disociadas; pues así como el hombre es un ser compuesto de alma espiritual y de cuerpo material, que forman una sola naturaleza y persona humana; así el progreso humano debe ser la unión del progreso espiritual con el material; y este segundo debe ir basado en el primero, iluminado, guiado, informado por el espiritual.

Y ha de ser así, porque sin ninguna duda el progreso espiritual es el principalísimo, ya que es progreso en el conocimiento, cada vez más claro, completo y profundo de la verdad; y más que nada, de toda la verdad que más importa e interesa al hombre para alcanzar su último fin; es decir, la verdad de Dios y la verdad del hombre; la verdad de las mutuas relaciones entre Dios y el hombre; la verdad revelada por Dios, la verdad de la salvación del hombre por Cristo.

De este progreso espiritual vamos a tratar ahora modestamente, con el intento de poner en claro el hecho inconcluso de que en nuestros días hay un verdadero progreso espiritual, que es, a su vez, base y fundamento del genuino progreso material; y que hay también otro llamado progreso, pero que no lo es en realidad, porque es un pseudo-progreso, el cual está produciendo efectos muy funestos en la Iglesia y en las almas.

I. - EL VERDADERO PROGRESO ESPIRITUAL

Digámoslo sin embages y desde un principio el progreso verdadero es el que nos trajo Jesucristo, Dios hecho Hombre, el Redentor y Salvador del género humano; es el progreso que nos enseñó Cristo en el Evangelio; el progreso que confió a su Iglesia, para que Ella lo enseñara con su Magisterio segurísimo, y lo promoviera con su autoridad y dirección, emanada de la de Cristo; y todo con la asistencia y

acción vivificante del Espíritu Santo, el Espíritu de verdad y de amor.

Sí; Cristo y su Iglesia; ellos son los maestros, los promotores y los guías del verdadero progreso espiritual de todos los hombres; y también del progreso verdadero en todos los demás órdenes de la vida humana, a la luz y con la fuerza del progreso espiritual.

a) Y, PRIMERAMENTE, CRISTO.

Si el mundo moderno tuviera ojos para ver las realidades espirituales y divinas; y si huscando sinceramente la verdad, no se cerrase al coloquio con que Cristo le busca y le sale al encuentro; oiría de labios del Divino Salvador algo parecido a lo que Él dijo un día a la mujer samaritana, junto al pozo de Jacob, en Sicar: “¡Si conocieses el don de Dios!” (In., 4, 10); y le añadiría Cristo al mundo de hoy: ¿buscas el progreso? —Pues Yo soy el progreso.

Lo es ciertamente, como lo demuestra con diáfana claridad todo el Evangelio; y de un modo concreto la magnífica afirmación que de Sí mismo hizo Jesús en el discurso de la Última Cena: “Yo soy el camino, y la verdad, y la vida” (in., 14, 6). ¿Quién no ve que en estas memorables palabras se incluye la afirmación de que Él es el Progreso?

En efecto; al decirnos que Él es “el camino”, nos da a entender inequívocamente estas tres verdades: en primer lugar, que nuestra vida presente en la tierra no tiene otro sentido verdadero y completo, ni otro significado pleno, ni otro verdadero valor, que el de ser una gran preparación, ordenada y recta, para la vida eterna. Nos dice, en segundo lugar, que esta preparación consiste, no en quedarnos quietos y como reposando en una holganza inactiva o en una inmovilidad infructuosa; sino en un constante caminar, en un caminar progresivo por el camino que cierta y seguramente nos lleve a la meta, a nuestro verdadero y eterno destino sobrenatural, a la Patria bienaventurada. Y, en tercer lugar, nos asevera Cristo que Él es, no *un* camino, por el cual, entre otros, podamos llegar a la posesión de la vida y de la felicidad de Dios en el Cielo; sino que es *el* camino, el único verdadero camino, por donde vamos seguramente, por donde progresamos efectivamente. Sí; nuestro único camino es Cristo; sus enseñanzas, sus ejemplos, su vida toda.

Y nos añade Cristo que Él es “la verdad y la vida”; con lo cual nos enseña la íntima relación que hay objetivamente entre camino, verdad y vida. La expresión completa: “Yo soy el camino, y la verdad, y la vida” es una fórmula felicísima en que se resume todo el Evangelio.

El Verbo encarnado es *el camino*, porque es *la verdad*; y es la verdad, porque es *la vida*. En la venida del Hijo de Dios al mundo, el pecado aparece, desde el primer momento, como la desviación funesta y la pérdida del camino verdadero; también como el error y las tinieblas del alma; y finalmente como la muerte. Por esto, vino Cristo al mundo para liberar-

nos del pecado; y lo hizo oponiendo a esas tres realidades tristísimas del pecado, las tres realidades divinas, que al liberarnos del pecado, nos dan los bienes opuestos, los de la salvación. Contra la desviación o pérdida del camino, el camino verdadero; contra el error y sus tinieblas, la luz de la verdad; y contra la muerte, la vida; vida divina en nosotros, vida participada de la vida misma de Cristo; vida que se inicia en la tierra, y que se consuma en las eternas mansiones celestes.

Brilla siempre Cristo como nuestra Luz, en medio de las tinieblas, porque procede de la Fuente misma de la vida: “En Él estaba la vida; y la vida era la luz de los hombres” (In., 1, 3, 4). Y así, a quien camina por el camino que es Cristo, le comunica Él su verdad y su vida.

Ahora bien; el que ha encontrado el único camino, y camina por él animosamente, a la luz de la verdad y en la seguridad y dicha de la vida, avanza siempre, progresa en todos los órdenes, porque Cristo lo es todo, según la asombrosa expresión de San Pablo: “Todas las cosas, y en todos, Cristo” (Col., 3, 11); es decir, que Cristo es todas las cosas: sabiduría, verdad, fuerza, orden, bondad, belleza, amor...; todo lo es Cristo. Y así, el que camina por Él, progresa en todo.

La admirable verdad de que en Cristo está el verdadero progreso, (y que Él mismo es el Progreso, la consignó San Pablo con maravillosa expresión, al decirnos: “Caminando en verdad, crezcamos o progreseemos, por la verdad, en todos los órdenes, para ser como Él, que es la Cabeza, Cristo” (Eph., 4, 15); es decir, que procediendo todos en verdad; esto es, viviendo sin ficciones ni inconsecuencias, no en un subjetivismo egoísta, sino con la verdad y sinceridad en todo, crezcamos o progreseemos, bajo la acción de la caridad, o amor sobrenatural, desarrollándonos con progreso siempre creciente en todos los sentidos o aspectos, en todo orden de cosas; teniendo siempre como meta e ideal, al cual tendamos de continuo, a Aquél que es nuestra Cabeza, Cristo.

b) CON CRISTO, SU SANTA IGLESIA.

El progreso que Cristo vino a traernos, lo ha ido desarrollando la Iglesia. Los Papas modernos lo han proclamado paladinamente.

Dice Pío XI, en su Encíclica “Divini illius Magistri”, sobre la educación cristiana: “La historia del Cristianismo y de sus instituciones se identifica con la historia de la verdadera civilización y del genuino

progreso (n. 61). Y añade: "Y ¿qué decir de la inmensa labor, aun en pro del progreso temporal y material, de los Misioneros evangélicos, que, junto con la luz de la fe, han llevado a pueblos y naciones los bienes de la civilización?" (ib.).

Y León XIII, en su Encíclica "Libertas": "Dista tanto el Magisterio de la Iglesia de poner obstáculos al deseo de saber y al adelanto de las ciencias, o de retardar en algún modo el progreso y cultura de las letras, que antes bien les ofrece abundantes luces y segura tutela". (n. 35). Y poco después: "El hecho es que a la Iglesia se deben estos verdaderamente insignes beneficios: el haber conservado gloriosamente los monumentos de la antigua sabiduría; el haber abierto por todas partes asilos a las ciencias; el haber promovido siempre la actividad del ingenio humano, fomentando con todo empeño las mismas artes de que tanto se gloria nuestro siglo" (ib.).

El mismo León XIII, en su Encíclica "Inmortale Dei", dice: "Aquella libertad es buena y digna de ser apetecida, que, considerada en el individuo, no permite que el hombre se someta a la tiranía abominable de los errores y de las malas pasiones; y que mirada en lo que se refiere a su acción pública, gobierna a los Pueblos con sabiduría, fomenta el progreso y las comodidades de la vida, y defiende la administración del Estado de toda arbitrariedad. Esta libertad, buena y digna del hombre, la Iglesia la aprueba más que nadie, y nunca dejó de esforzarse por conservarla incólume y entera en los Pueblos" (n. 49). A lo cual añade: "Consecuente siempre la Iglesia consigo misma, si por una parte rechaza la demasiada libertad, que lleva a los individuos y a los Pueblos al desenfreno y a la servidumbre; por otra parte, abraza con gran satisfacción los adelantos que traen consigo los tiempos, cuando de veras promueven el bienestar de esta vida, que es como un camino que lleva a la perdurable" (n. 50).

En confirmación de estas autorizadas palabras, y de otras muchas que podríamos aducir de los Papas modernos, queremos evocar una página brillante y elocuente, aunque ahora olvidada, de lo que podríamos llamar la historia del Progreso. Nos referimos a las magníficas conferencias, que durante unos dieciseis años, pronunció el P. J. Félix, S. I., en Nuestra Señora de París, los seis domingos de la Cuaresma, y que todas ellas tuvieron un solo y actualísimo tema: "El Progreso por medio del Cristianismo". En todas ellas, con abundancia de sólidos argumentos y con soberana elocuencia demostró el gran orador que al Cristianismo y en concreto a la Iglesia Católica Romana, se le debe la luz, el impulso y el fomento

del verdadero progreso en todos los órdenes de la vida humana. ¡Ojalá se exhumaran páginas tan espléndidamente luminosas y orientadoras!

c) CON EL PROGRESO ESPIRITUAL, EL MATERIAL.

El Papa Pablo VI, en su discurso al Presidente de la República Federal Alemana, Sr. Heinemann (26 de marzo de 1973), expuso el pensamiento de la Iglesia acerca de esta cuestión en los siguientes términos: "Es nuestro deseo que el progreso técnico vaya acompañado del progreso espiritual. La historia de todos los siglos enseña a los hombres que el verdadero bienestar de un Pueblo, sus legítimas aspiraciones políticas, económicas y culturales, deben basarse necesariamente sobre un fundamento moral. Y como indicaba nuestro predecesor Juan XXIII, en su Encíclica "Pacem in terris", este fundamento lo constituyen los principios espirituales de la verdad, la justicia, el amor y la libertad".

Realmente, el dominio del hombre sobre la tierra se vuelve inhumano, cuando se olvida aquella actitud expresada en una antigua oración de la Iglesia, que tanto le gustaba repetir al Papa Juan XXIII: que el uso de los bienes temporales no apague en nosotros el deseo de los bienes eternos.

Estamos contemplando con estupor y con pánico a dónde lleva el progreso técnico, cuando se divorcia del proceso espiritual. Y ciertamente, ¿puede llamarse honrada y sinceramente progreso; es decir, avance, adelanto, conquista de altas cimas para un mayor bien común, para el bienestar de los hombres y para una vida digna de la persona humana, el hecho aterrador de que actualmente el mal llamado progreso haya llevado a la Rusia Soviética a la concentración militar más formidable de todos los tiempos, pues tiene 588.000 hombres en pie de guerra, 630 missiles y 50 divisiones blindadas, en la frontera con el resto de Europa? A las armas de estos ejércitos, tanto más mortíferas cuanto más progresivamente perfectas, la "Alianza Americana" tiene por único obstáculo para frenar a la U.R.S.S., 7.000 cabezas atómicas. ¿Es progreso el que ha puesto al mundo sobre un volcán?

Y, sin embargo, el mundo moderno se jacta, orgulloso, de haber alcanzado el triunfo del progreso, con el cual pretende hacer de la tierra un paraíso de bienestar, de comodidades y de placeres.

Ciertamente, la era actual es la del progreso, pero del progreso técnico e industrial, de todo lo que es material en la vida humana; y ha llegado el hombre, en este progreso material, a metas increíbles. Pero

la tristísima realidad es que, mientras el mundo moderno se yergue soberbio, y levanta altivo la cabeza, con la satisfacción de que ha logrado dominar la materia en todos sus estratos, desde las alturas de los espacios interplanetarios hasta las profundidades del átomo; no puede decir que al ritmo de este progreso material vaya el progreso espiritual; antes todo lo contrario, pues está cayendo cada vez más en el *regreso* o retroceso del espíritu, hacia las hondas simas del vicio, de la degradación y de la abyección. Todavía más; está haciendo servir su inegable progreso material para la destrucción de los hombres y de las obras de los hombres.

Este hecho patente, esta evidente y triste realidad la han puesto de manifiesto los Papas de nuestra época, unánime e insistentemente.

Pío XII, en su Encíclica *Summi Pontificatus*", dice así: "*¿Qué época sufrió el tormento de vacío espiritual, de profunda indigencia interior, más que la nuestra, a pesar de toda clase de progresos en el orden técnico y meramente civil?*" (n. 3).

Ya antes había dicho León XIII, en su Encíclica "*Sapientiae christianae*", estas memorables palabras: "*Como quiera que le ha cabido en suerte a la razón, ayudada de las investigaciones científicas, descubrir muchos secretos, velados antes por la naturaleza, y aplicarlos ahora convenientemente a los usos de la vida, se han envanecido los hombres de tal modo, que*

creen poder ya lanzar de la vida social de los Pueblos a Dios mismo y a su divino gobierno" (n.15).

Y Pío XI, en su Encíclica "*Divini illius Magistri*", nos habla con estas graves palabras: "*Hay que advertir, hoy más que nunca, en medio de la abundancia del progreso material moderno, la insuficiencia de los bienes terrenos para la verdadera felicidad de los individuos y de los Pueblos*" (n. 4). Y, a continuación, después de indicar que, aun en nuestra época, hay hombres que sienten en sí el estímulo hacia una perfección más alta, añade: "*Pero pretenden sacarla de la misma naturaleza humana, y realizarla con sus propias fuerzas; en lo cual fácilmente yerran; ya que en vez de dirigir la mirada a Dios, primer principio y último fin de todo el Universo, se replegan y descansan en sí mismos, apegándose excesivamente a lo terreno y temporal. Por eso será continua e incesante su agitación, mientras no dirijan su mirada y su trabajo hacia la única meta del progreso y de la perfección; a Dios; según la profunda sentencia de San Agustín: "Nos hiciste, Señor, para Ti; y nuestro corazón está inquieto hasta que descansa en Ti"*" (Confess., 1, 1) (n. 4).

Todo esto lo ha tratado magistralmente el Papa Pablo VI, en su Encíclica "*Populorum progressio*", haciéndonos ver la admirable labor de la Iglesia en el progreso integral de los Pueblos; y cómo ha de ser este progreso, para que sea verdadero.

II.—EL PSEUDO PROGRESO

Mientras en nuestros días se realiza, ordenada y eficazmente, el progreso espiritual, que modestamente acabamos de diseñar, y que es el verdadero porque lo iluminan y lo promueven el Evangelio de Cristo, la Tradición cristiana y el Magisterio de la Iglesia; cunde en esta nuestra época otro progreso, que es también de índole y de objeto espiritual (pues a éste nos ceñimos ahora), pero que no es verdadero, sino pseudo-progreso, si no en todos los casos, pero sí en muchos, y aun demasiados; y es pseudo-progreso, porque no se rige por la auténtica interpretación del Evangelio de Cristo, ya que se desentiende de la Tradición cristiana y del Magisterio de la Iglesia.

Seremos más breves en este segundo punto; no tan sólo por no alargar en exceso este artículo, sino también porque son cosas que saltan a la vista, las estamos viendo y palpando día tras día en múltiples aspectos de la vida cristiana, y nos duelen en lo íntimo de nuestra entraña de hijos de la Iglesia de Cristo.

Tan sólo indicaremos el origen de este pseudo-progreso y algunas de sus principales manifestaciones.

El origen del pseudo-progreso de nuestros días se puede considerar negativa y positivamente.

En sentido negativo, su origen es el que acabamos de consignar: el lamentable hecho de que hoy día hay no pocos, que al tratar de la doctrina de la fe y de la moral cristiana, desde la cátedra de Teología, o en la predicación sagrada, o en libros y revistas, han vuelto la espalda a la Tradición y al Magisterio de la Iglesia; y, en concreto, a las enseñanzas de los Sumos Pontífices de nuestra época.

Pero en un sentido positivo, el origen y raíz de este pseudo-progreso es el hecho de que sus autores y fautores buscan muchas veces, y aun preferentemente, su inspiración en autores protestantes, antiguos y modernos; en libros y artículos de teólogos que se tienen por católicos, pero que son de muy dudosa ortodoxia y aún están inficionados de errores dogmáticos y morales; en las obras también de Carlos Marx y otros socialistas; y aun en libros y revistas de índole comunista.

De todo esto procede que al progreso que pro-

mueven le dan una orientación sociológica y política, en vez de una orientación y una significación religiosa, cristiana; es un progreso de un humanismo naturalista, en vez de un humanismo sobrenatural, el que Cristo vino a enseñarnos.

He ahí la fuente infecta del pseudo-progreso del mundo moderno, aún en el seno de la Iglesia.

Juntamente con esto, y como cosa enraizada con la anterior, hay que destacar el *proceder o método* de este pseudo-progreso; a saber, un *subjetivismo* radical, con el que se huye de buscar el progreso en las realidades objetivas, reveladas por Dios y propuestas por el Magisterio de la Iglesia; y en vez de esto, se busca el progreso en opiniones meramente subjetivas, en pareceres personales, en hipótesis aventuradas, en proposiciones audaces, en ansia por cambiar las estructuras de la Iglesia, para crear una Iglesia del futuro, y en prácticas contrarias a las leyes y prescripciones de la Jerarquía que Cristo dio a su Iglesia.

Todo esto, como lo estamos palpando, lleva al oscurecimiento de la verdad, a las incertidumbres, a las dudas, al confusionismo de ideas, de criterios, de costumbres y de todo. Y aún a veces son tan atrevidas estas desviaciones, que por tan intrincados desfiladeros llevan finalmente a la pérdida de la fe; a un triste y auténtico *retroceso*; todo lo contrario al progreso genuino.

Añadamos, para terminar, algunas de las manifestaciones en que se hace patente, hoy día, el pseudo-progreso.

Y sea la primera la que tantas veces ha denunciado el Papa Pablo VI, y con él, no pocos Obispos, en comunión con la doctrina y directrices del Papa. Se invoca "el espíritu" del Concilio Vaticano II; pero no se hace caso de sus documentos y de la luminosa doctrina que en ellos nos ha dado la Iglesia; o bien (y esto es lo más frecuente y peligroso) se interpretan siniestramente los mismos documentos Conciliares, y se tergiversan con sofismas engañosos.

Recientemente el Cardenal Arzobispo de Filadelfia, en Estados Unidos, Monseñor Krol, ha denunciado la infidelidad doctrinal de algunos, que invocan el

Concilio, pero no tienen en cuenta que, como dijo el Papa Juan XXIII, el Vaticano II había de tener una finalidad pastoral, pero que "conservaría todo el patrimonio espiritual de la Iglesia". Y añade: "*Algunos, con más atrevimiento que sensatez, y con más fascinación por los cambios que respecto al Concilio, se toman con frecuencia libertades excesivas, y se apartan del patrimonio de la Iglesia y de la integridad y ortodoxia de su doctrina*".

De ahí procede el pseudo-progreso de los que, entendiendo mal el "Ecumenismo" promovido por el Concilio, y olvidando la grave advertencia del mismo Concilio, de no incurrir en un falso y funesto "irenismo", llegan a enseñar que la verdadera Iglesia de Cristo no es tan sólo la Católica-Romana, sino el conjunto de todas las Iglesias cristianas; el conjunto de todos los que creen en Cristo.

Pseudo-progreso es también el de los que interpretando siniestramente la Colegialidad de los Obispos y otras disposiciones prudentes del Concilio, propugnan abiertamente una democratización de la Iglesia, que es del todo contraria a la Constitución Jerárquica que le dio su Divino Fundador. Y en esta desatentada carrera de "retrocesos", intentan socavar la autoridad suprema, las prerrogativas y los poderes que Cristo confirió a San Pedro y a sus Sucesores, los Romanos Pontífices.

En el orden moral, es funesto pseudo-progreso el de los que defienden la primacía de la conciencia subjetiva de cada uno, por encima de la ley y de la autoridad.

Y así en otras muchas cosas que atañen a la fe y a las costumbres, como también a la Liturgia, y que estamos observando con tan profundo dolor de nuestra alma cristiana, que nos hace clamar con gemidos del corazón: ¿Hasta cuándo, Señor?... Es que todo esto, en vez de contribuir a un mayor y progresivo conocimiento de la verdad cristiana, dogmática y moral, para vivir mejor conforme a ella, en lo cual está el verdadero progreso, no hace otra cosa que oscurecer la verdad y dificultar la vida cristiana, que por eso se llama y es pseudo-progreso.

ROBERTO CAYUELA, S. J.



Intenciones del APOSTOLADO DE LA ORACION

E N E R O

GENERAL. — Que la acción ecuménica progrese en la fe, en el amor y en la paciencia.

MISIONAL. — Que se incremente la genuina cooperación ecuménica en el trabajo de educación, asistencia y comunicación social.

¡SI CONOCIERAS EL DON DE DIOS...!

La contemplación de la sociedad humana, en todos sus niveles, religiosos, social, político, económico etc., pero sobre todo, la falta de amor fraterno entre los hombres, nos recuerda a Jesús, cuando contemplaba a las turbas que le seguían, "... y se compadeció entrañablemente de ellos, porque andaban como ovejas que no tienen pastor, y se puso a enseñarles largamente", (Mc. 6-34). Los hombres de todos los tiempos han sentido la necesidad de Dios, y también, el hombre de hoy, aunque le cueste reconocerlo, tiene sed de lo divino, hambre de Dios. El Apóstol y Evangelista San Juan, describe, con gran viveza aquella escena, en la que, Jesús, cansado del camino, de paso por Samaria, se sentó, junto a la fuente de Jacob, y entabla conversación con una mujer samaritana, que había ido a sacar agua. Jesús sabe quien es aquella mujer, y le pide de beber; ante la extrañeza de ella, dícele Jesús: "¡Si conocieras el don de Dios, y quién es el que te dice, dame de beber, tú le hubieras pedido, y él te hubiera dado agua viva!... (Jn. 4-10).

En la Santa Iglesia Católica, Apostólica, Romana, se conserva íntegro el Depósito Sagrado de la Verdad, revelada por Dios. El mismo Señor, dejó establecidos en su Iglesia, instrumentos eficaces de santificación, a través de los cuales, y por ministerio de sus sacerdotes, confiere a los fieles, la vida teologal, la alimenta y robustece. Todos los medios sobrenaturales de salvación, los posee la Iglesia, como algo propio, que recibió de su Señor, para comunicar a los hombres, los abundantes frutos de la Redención. Hoy que tanto se habla de renovación, no estaría de más, que en lugar de insistir tanto, en la reforma externa de las estructuras, sociales y eclesiales, procurásemos, ahondar más, en las realidades sobrenaturales de la vida de la Iglesia, y mediante una vida interior intensa, la oración, el ejercicio de las virtudes teologales, y movidos por el Espíritu Santo, demos al mundo el testimonio de ser, en efecto, el "Pueblo de Dios", que como enseña el Apóstol San Pedro: "sois linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo de su patrimonio, para que proclaméis las grandezas de Aquél, que, de las tinieblas os llamó a su admirable luz", (1 Pe. 2-9).

En efecto la Iglesia, además de iluminar, con la luz inextinguible de su Verdad tiene también una

Vida nueva, que comunicar a los hombres. Esta vida que llamamos sobrenatural, interior, teologal, es una auténtica realidad objeto de las enseñanzas de Jesucristo nuestro Maestro y Señor; acogida devotamente por las primeras generaciones cristianas, es propuesta a través de los siglos, por el Magisterio, ya ordinario, ya solemne, de la Iglesia. Los Santos Doctores han hablado sabiamente de la misma, y los Santos de todos los tiempos, lo han atestiguado con sus vivencias místicas, con sus experiencias de Dios. Los testimonios acerca de esta participación en la vida de Dios, presente en el alma, son innumerables. Los Santos Evangelios, sobre todo San Juan; las Cartas Apostólicas, especialmente y con frecuencia, San Pablo; San Pedro y San Juan, exponen la doctrina de Jesús acerca de la inhabitación divina. Los Padres Apostólicos, así orientales como occidentales, son también explícitos. Entre los Doctores, San Agustín, Santo Tomás, San Juan de la Cruz y Santa Teresa, por citar algunos... Las almas piadosas, que han sabido vivir de fe, conscientes de que es "humanae salutis initium, fundamentum et radix omnis iustificationis", como enseña el Concilio de Trento, (sesión 6) han dejado, con el ejemplo de sus vidas, escritos magníficos, que, atestiguan la consoladora realidad, de que Dios, en su infinita e inaccesible trascendencia, nos ha salido al encuentro.

La presencia de Dios en el alma, deja una huella; la Gracia Santificante, Sello de la Trinidad que certifica que Dios está allí. No podemos tener conciencia clara y, distinta, de esa divina presencia; pretender, a la fuerza, sentir la presencia de Dios, nos puede llevar a ilusiones o a serias desviaciones; es, como diría la Santa de Ávila, "desvario". Ciertamente que, el Señor no niega las señales de que está; conjeturas, bastante claras, y suficientes, para que el alma, viva de fe. La vida sobrenatural, como todo ser viviente, tiene un desarrollo. En el Bautismo recibimos el germen vital, y dotado de potencias operativas. La acción divina, no se interrumpe; el Espíritu Santo actúa en nosotros, y con nosotros. Es Dios Quien nos santifica, pero exige de nosotros, nuestra modesta colaboración. Todo el dinamismo sobrenatural, se pone en movimiento, y en este camino hacia las cumbres, en ese vivir, "escondidos con Cristo en Dios", según expresión del Apóstol San Pablo, (Col., 3-3), hay etapas,

como en toda evolución; etapas que se van sucediendo unas a otras, y que denotan vida, desarrollo, hasta la plenitud o madurez. A medida que el alma avanza en dirección a Dios, su actuación, es más simple, más pura, más limpia; la fe se afina, y la acción del Espíritu divino, se hace más patente, más desbordante, hasta que, la Gracia, ha alcanzado su plenitud, siempre relativa, aquí abajo, según los planes de Dios. La perfección total, la conseguiremos en la otra vida.

Caminamos a oscuras, "sin otra luz y guía, sino la que en el corazón ardía", como diría San Juan de la Cruz (Noche oscura canc., 3); nos hallamos en lo más escondido, lo más impalpable, y a la vez lo más real. La fe es noche oscura para el alma, y sin embargo es luz, la única luz, que alumbra el sendero. La fe viva por la caridad, alumbra y da calor al corazón; robustece y alienta la voluntad. La dinámica de la vida teologal, exige que no se separen la fe, la esperanza y la caridad. La fe, viva y operante por el amor, se nos impone como una necesidad, para vivir en profundidad y altura, esta vida misteriosa, de horizontes infinitos. San Juan de la Cruz, insiste muchísimo en la necesidad de vivir en pura fe; debemos liberar, con el favor divino, nuestra fe, de apoyaturas humanas, demasiado sensibles, que impiden llegar a la hondura. Jesucristo, nuestro Señor, que, como Dios, es la causa eficiente de la Gracia, como Dios-Hombre, es la causa meritoria, de nuestra vida en Dios. Por Él tenemos acceso al Padre; Verbo, que es la expresión clara, exhaustiva, de la divina sustancia; Palabra increada, que el Padre pronuncia, única que dice al Padre cuanto Él es. El Padre, se conoce en su Verbo, a Quien comunica eternamente su divino Ser. Vida divina incomprensible, insondable, para quien no sea Dios; sólo Dios, puede comprender su propio ser, y Dios, su vida no la comunica a criatura alguna; es exclusiva de Dios, en Él comienza, y en Él acaba, sin comenzar ni acabar jamás; Dios es "ab aeterno". Su amor infinito le movió a crear, y al hombre, quiso hacerlo a su imagen y semejanza (Gen. 1-26), y además lo elevó a un orden superior, al plano de lo divino, por gracia de participación.

Si bien es verdad, que, a Cristo no podemos imitarlo como Dios, sí podemos como Hombre; es el prototipo del hombre; pisando sus huellas, imitando su vida, y siguiendo su doctrina, vamos al Padre. El Espíritu Santo, nos mueve a reconocer en Cristo al Hijo único de Dios; y la vida eterna consiste en "conocer al Padre y a su enviado Jesucristo" (Jn. 17-3). "El Espíritu de la Verdad, que el mundo no puede recibir", (Jn. 14-17), nos mueve suavemente

a amar a Jesús, y sabemos que, "los que son movidos por el Espíritu Santo, éstos son hijos de Dios", (Rom. 8-14). Como hijos de Dios, caminemos en espíritu y en verdad; dediquemos un poco de atención a este Dios escondido", (Is. 45-15), que, ya aquí abajo, nos da un anticipo de la eterna felicidad. La adopción divina, es muy superior a la humana, que no pasa de ser una ficción jurídica. La divina, nos introduce en la vida de Dios; somos familia de Dios. Jesús, nos dice cómo hemos de comportarnos, para agradar al Padre. El Espíritu de Jesús, dirige nuestros pasos en pos de Él, adelgaza y afina nuestra fe; purifica el corazón, la voluntad, el entendimiento, todo ha de ser sometido a esta divina acción depuradora, antes de escalar las cimas de la vida sobrenatural; purificación dolorosa, pero necesaria, si queremos llegar a las cumbres. La confianza, es decir, la fe esperanzada, reviste la forma de filial abandono, a la acción del Señor que nos trabaja, para más unirnos así, por el amor. Son expresivos aquellos versos de San Juan de la Cruz, en 'la Noche Oscura que dicen:

¡Oh noche que guiaste!
 ¡Oh noche, amable más que el alborada!
 ¡Oh noche que juntaste
 Amado con amada
 amado en el Amado, transformada!

(Noche Oscura canc. 5)

De Dios, proceden todas las cosas. El Padre Principio sin principio, al comunicarse al Hijo, en eterna y misteriosa generación, encuentra en Sí mismo, su eterna felicidad. Una corriente de Amor increado, envuelve al Padre y al Hijo, que son, Principio de ese Amor mutuo, personal, que es el Espíritu Santo. En la economía de la salvación, el hombre está destinado por Dios, a participar, sin fin de la felicidad divina; destino soberano, y que sobrepasa cuanto el hombre podía pensar, ni siquiera desear, si el mismo Dios, no se lo hubiera revelado. Jesucristo, nos habló del Padre, de Quien procede todo bien, y al Padre nos conduce; Él mismo declaró; "he venido para que tengan vida y vida sobreabundante". Ciertamente no se trata de la vida natural; sino de la vida sobrenatural, que eleva nuestra condición de criaturas, a la condición de hijos muy amados. Vida que brota de Dios, como de su manantial y se derrama abundantemente por todo el organismo vivo de la Iglesia, Cuerpo místico de Jesucristo, y nosotros, miembros de ese Cuerpo, estamos destinados a beber de esa agua que salta

hasta la vida eterna. Leemos en el Santo Evangelio: "Si alguno tiene sed, que venga a Mí, y beba" (Jn. 7-37). El agua con la que Cristo promete saciar nuestra sed, es la Gracia divina, único remedio capaz de calmar las ansias de vida eterna, de quienes estamos hechos para amar; Gracia, que, al hacernos partícipes de la divina naturaleza, nos dignifica, nos eleva, nos santifica. El amor a Cristo, dilata más y más los espacios de nuestro pobre corazón, hasta hacerlo a la medida del Suyo. Oigamos sus palabras divinas: "Si alguno me ama, mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos en él nuestra morada", (Jn. 14-23); nuestra alma, morada de Dios, templo vivo del Espíritu Santo que habita en nosotros, y cuya presencia nos deifica.

Este es el gran don de Dios al hombre: su Gracia, su amistad, que hace feliz a quien la posee. Es verdad que, de muchas formas está Dios presente entre nosotros; ésta recibe el nombre especial de habitación, y se exclusiva de los seres racionales, cuya voluntad, no está adherida al pecado; es una presencia distinta de las otras; produce una transformación en el alma, que se abre al amor increado; esta nueva vida se actualiza por la fe, la esperanza y la caridad; se perfecciona con los donnes del Espíritu Santo, y comenzada aquí tiene su coronamiento en el Cielo. Sor Isabel de la Santísima Trinidad, carmelita descalza, tiene páginas profundas y bellísimas sobre esta magnífica vida interior; dice, que, cuando conoció este misterio, todo se iluminó para ella, y nada tiene de extraño. Las almas para quienes la vida espiritual es una exigencia, conocen también, sin saber ni poder expresarlo, la influencia que tienen en el organismo vivo de la Iglesia; no saben cómo, pero saben que son eficaces. Es lógico ya que, en la vida teologal, no sólo actúa el hombre, sino sobre todo, el Espíritu Santo. Es vida de Dios, que se vive en Dios, y está orientada a la gloria de Dios.

Si la oración es comunicación con Dios, elevación del alma, por la fe y el amor; diálogo en intimidad, con Quien sabemos que nos ama, es claro que si queremos ahondar en este vivir sobrenatural, la oración, el trato con el Otro, que está en nosotros, fluye necesariamente. "Buscaba fuera de mí, a Quién tenía dentro de mí", decía San Agustín. Podemos comunicarnos con Dios, que trasciende todo lo creado y habita en una luz inaccesible, pero, que, en un exceso de amor, sólo posible al Amor, está tan próximo, tan cerca, que, a veces, las almas profundamente interiores, parece que adivinan su presencia; sin embargo un velo lo oculta a nuestras percepciones. San Juan de la Cruz, en el Cántico Espiritual, expone las

ansias de la clara visión de Dios de las almas, cuando dice:

Descubre tu presencia
y máteme tu vista y hermosura;
mira que la dolencia
de amor, que no se cura,
sino con la presencia y la figura.

(Cántico Esp. canc.11)

Ciertamente que, se trata de almas que van muy adelante en su caminar hacia Él; a nadie está vedado el camino, y a todos se nos brindan los medios; lo demás corre de cuenta de Dios. Es natural que Dios, se comunique más finamente, a quienes tienen para con Él, verdaderas finuras de amor. Sólo en fe, liberada, purificada, hemos de caminar, porque sólo la fe, es la luz que nos guía, si no queremos tropezar a cada paso. No obstante, si hay fidelidad por parte nuestra, aun en los principantes, Él, se deja sentir... ¿Cómo? ¿en que medida? Sólo su divina Voluntad, es el árbitro, pero es cierto que, cuando el alma sigue a Cristo, por el camino de la propia abnegación, abrazada a su cruz, el mismo Cristo, la sostiene, y aun la consuela, como Él mismo prometió, cuando dijo: "Venid a Mí, todos lo que estais agobiados y Yo, os aliviaré, y encontraréis descanso para vuestras almas", (Mt. 11, 28-29).

El doctor Místico, expone magistralmente, aquellos toques y sentimientos divinos, con que el Señor, se comunica a las almas generosas, que, en pura fe avivada por el amor, le buscan. Dice el alma

¿A dónde te escondiste
Amado, y me dejaste con gemido?
Como el ciervo huiste
habiéndome herido;
salí tras tí clamando, y eras ido.

(Cant. Esp. canc. 1)

Más adelante, en el mismo Cántico, hablará de toques, sentimientos y noticias amorosas, con que el Señor, regala al alma, que, "sale tras Él clamando"... Pero es sobre todo en la "llama de amor viva", donde nos habla de los sentires de las almas a quienes el Señor ha unido a sí, por el amor más subido, que aquí abajo cabe alcanzar; amor y conocimiento de Dios, no distinto del que ya tienen por la fe y la caridad y que a todos se nos han infundido en el Bautismo; pero sí más intenso, elevado, sutil. Es aquel feliz estado de contemplación infusa en que parece que, el velo de

la fe se quiere rasgas; la fe queda muy ilustrada, ya que Dios, le comunica un conocimiento de Sí, por vía de amor, que le hace exclamar:

¡Oh cauterio suave!
 ¡Oh regalada llaga!
 ¡Oh Mano blanca, oh toque delicado!
 que a vida eterna sabe
 y toda deuda paga;
 matando, muerte en vida la has trocado.

(Llama, canc. 2)

¡Qué pena que andemos hambreado, paz, alegría, liberación y tantas cosas más, y no caigamos en la cuenta, de que, el remedio está en Dios! Es preciso

hablar a los hombres, donde está, “la fuente que mana y corre, aunque es de noche”, (S. Juan de la Cruz) y animarlos a que vayan a saciar en ella su sed. La solución de los problemas internos de la Iglesia, lo mismo que los de toda la humanidad, está ahí, en vivir de amor, sembrar amor, promoviendo en todo el Pueblo de Dios el interés por los tesoros del orden sobrenatural, que para nuestro bien, ha dejado el Señor en su Iglesia. Vida de oración; vida sacramentaria; amor a la Cruz... en una palabra, santidad personal; renovación interior; si hay ésto, lo demás viene por su propio paso, y a su tiempo; es necesario dejar un margen, lo más amplio posible, a la paternal Providencia con que Dios, se ocupa de nosotros, pues prometió, estar con los suyos”, hasta la consumación de los siglos”, (Mt., 28-20).

FRAY ANTONIO DE LUGO, O. S. H.

PISOTEAR LOS LIRIOS

Tengo ante los ojos un breve folleto titulado “En defensa de la verdadera y cristiana educación sexual”. Está escrito por una dama extremeña, doña Emilia Guisado de González-Haba, con larga ejecutoria como cristiana y como madre. En sus cortas páginas encierra ni más ni menos de lo que basta para saber la auténtica y sana educación sexual que deben recibir los adolescentes “conforme avanza su edad, en una positiva y prudente manera” según precisa el Concilio en las únicas palabras que dedica a este asunto.

La Comisión Episcopal para la Doctrina de la Fe, impartió, no hace mucho tiempo unas reglas de oro en cuanto a la instrucción que debe darse a los escolares sobre el tema del sexo. La primera de estas reglas es que no hay que impartirle a la vez y colectivamente a todos los alumnos de una clase, sino individualmente. La razón está clara, porque no hay dos niños ni dos adolescentes que tengan exactamente en un momento dado el mismo desarrollo psicofísico ni la misma sensibilidad. Las otras reglas glosan las frases del Concilio en cuanto a la oportunidad y forma progresiva.

Se comprende fácilmente que ante estas sabias

normas sólo pueden eficaz y prudentemente dar la debida instrucción sexual a los chicos sus propios padres, únicos que conocen el cómo y el cuándo deben hacerlo; en todo caso el confesor o director espiritual. Sólo cuando aquéllos se inhibieran explícitamente, puede este menester pasar a los educadores públicos, los cuales por su parte deben seguir estrictamente las normas de la no publicidad, no simultaneidad y no intempestividad.

¿Se siguen estas normas en los centros educativos? En general, la respuesta es negativa, sin exceptuar los colegios religiosos. Lo que se hace con gran frecuencia es sacar a colación los temas sexuales antes de tiempo y de manera impropia, cuando el muchacho está ocupado por sus juegos y deportes y positivamente le importan un bledo los asuntos del sexo. Se efectúa, pues, a destiempo un desvelamiento de la cuestión sexual y una siembra de ideas perturbadoras sin recato y sin prudencia, ofendiendo muchas veces el instintivo pudor de los niños.

En España, que tanta gente quiere “europeizar” contra viento y marea, no estamos todavía al nivel de otros países vecinos donde la difusión de temas

sexuales es ya una obsesión maníaca incluso en las altas esferas de la Educación. En Francia por ejemplo, acaba de proclamarse una ley declarando obligatoria la educación sexual en todos los centros docentes. Es decir, conculcando, no ya las normas de la Iglesia católica, sino el derecho natural de los padres a velar por la limpieza mental y moral de los hijos. La forma en que esta instrucción se practica en algunos centros "educativos" del país vecino, ha provocado tempestades de protesta en las familias sanas. Se han editado, para uso de niños de siete a nueve años, tetxos que no son más que álbumes de desnudismo y obscenidad. Se han dado casos increíbles de desnudarse profesores y profesoras en clase, y otros espectáculos peores que no quiero mencionar. Esto, dice un periodista galo, no es Suecia ni Dinamarca: es el infierno.

Aquí no se ha llegado a tanto, porque aún rigen leyes que lo prohíben, pero subrepticamente se van burlando estas leyes y acercándose a metas de inconsciencia repudiable. Y por sarcástica y sangrante paradoja, a veces se dedica a tales menesteres la clase de Religión. Hace poco oímos a una religiosa lamentarse de que en determinado centro en dicha clase se había pronunciado dos veces el nombre de Dios en todo el curso, dedicando en cambio semanas al famoso problema sexual. En otros colegios se obliga a los muchachos a leer obras de autores licenciosos, también para mejor comprender la religión, por lo visto.

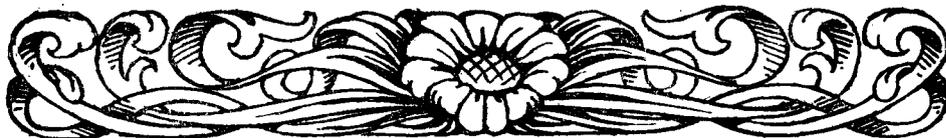
Y uno pregunta: ¿A qué viene o para qué sirve esa desafortada obsesión por sexualizar a los chicos? Por descontado que tal como está el mundo hay que

prevenirles a su tiempo y pertrecharles para que no salgan de su hogar a ciegas de los peligros que les acechan. Para esto está la "verdadera y cristiana educación sexual" según la explica la Iglesia y el folleto a que me he referido. La otra, la intempestiva, la obsesiva y la indiscriminada, es algo que bascula entre los límites de la estupidez y del crimen.

Se afirma que esta decantada educación sexual tiene por fin la elevación moral de la adolescencia y la juventud. Pero lo que dicen las estadísticas e informaciones, es que en esos países donde llevan varios años pulverizando a voleo los temas del sexo, todo lo que se ha conseguido es que la juventud se entregue al desenfreno precoz y antinatural; crear un mundo de adolescentes decrépitos cargados de vicios prematuros y buscando en placeres aberrantes el incentivo que han perdido por lo noble y bello de la vida sexual.

Hablemos claro por una vez: La resobada educación sexual en la forma frenética y absurda que venimos denunciando, no es sino un episodio más de la escalada pornográfica que gravita sobre lo más limpio y puro que queda en la humanidad: los niños, cuyo pudor y sensibilidad se pisotea y escarnece sin reparos. Las palabras más duras del Evangelio se aplican sobre los que escandalizan a los pequeños. Y las dijo repetidas veces Aquél cuyas palabras no pasarán aunque pasen el cielo y la tierra y todos los signos de los tiempos y las renovaciones y revoluciones que se quieran. Si hemos de creer estas palabras, y ésta es nuestra obligación como cristianos, a muchos de los actuales apóstoles y evangelistas del sexo, les pesará el haber nacido.

CARLOS CALLEJO



LA MEDALLA MILAGROSA

París, un hormiguero en medio de un hermoso jardín, en frase de Lábbé Rodhain, tiene un barrio que para Jean Guilton es místico. Dice él, que allí un pequeño gorrión podría saltar de jardín de convento en jardín de convento sin tocar ni una sola rama laica. Precisamente en ese barrio, en el número 140 de la Rue du Bac, cerca de la estación de Sèvres-Babylone, se encuentra la capilla del convento de las Hijas de la Caridad, llamada la capilla de la Medalla Milagrosa.

Fue en esa capilla donde, la que Pío XII gustaba llamar la santa del silencio, Catalina Labouré, mantuvo dulces entrevistas con la Santísima Virgen, en julio y noviembre de 1830.

Peregrinos de los cinco continentes visitan continuamente la Capilla, superando, según se dice, a los que suben cada año a la Torre Eiffel. Sin ruido y sencillamente, como un eco perenne del silencio de Santa Catalina Labouré.

CATALINA LABOURÉ

El 2 de mayo de 1806 nace Catalina-Zoe Labouré en una granja de Fain-les Moutiers, una aldea de Borgoña. Es la novena hija de una familia compuesta por once hermanos, ocho varones y tres hembras. Criada en un ambiente campesino Catalina aprende sus primeras oraciones en el calor de una familia en la que Dios tiene reservado el primer lugar. Muere su madre cuando ella apenas cuenta nueve años de edad; privada de la ternura materna tiene que refugiarse en su hermana mayor María Luisa, pero dos años más tarde ésta ingresa en el convento de las Hijas de la Caridad de Langres y la pequeña Catalina tiene que ponerse al frente de la granja; no obstante, a pesar del inmenso trabajo que esto le reporta, cada día, al alba, se dirige a la Iglesia de Moutiers-Saint-Jean para oír misa; en 1818 hace su primera comunión. Según testimonio de su hermana pequeña, Tonine, Catalina se impone duras penitencias, ayunando el viernes y el sábado además de trabajar en las faenas más duras de la granja. Siempre que el trabajo se lo permite se refugia en la pequeña iglesia de Fain y allí, sobre las losas de piedra, reza hasta que el frío le hiela las rodillas.

Cerca ya de los 19 años, un sueño extraordinario le confirma el verdadero sentido de su vida. Tonine ya puede ponerse al frente de la granja, por lo tanto Catalina habla a su padr de su deseo de entrar en la orden de las Hijas de la Caridad. La respuesta del padre es rotundamente negativa, la santa se somete a la voluntad paterna.

En 1828 cuando cuenta 22 años la envía a casa de su hijo Carlos, que tiene un restaurante en París, con ánimo de que se distraiga y olvide sus ideas. Nunca más volverá a ver Catalina el campanario de la pequeña iglesia de Fain-les Moutiers.

Catalina tiene que soportar en el ruidoso restaurante un gran sufrimiento, la prueba dura un año; hasta que una de sus cuñadas se la lleva a Châtillon, ciudad en donde dirige un pensionado para jóvenes señoritas borgoñonas; aquí aprende a leer y a escribir, pero sus compañeras son tan diferentes a ella, que se siente sola. En esta ciudad se encuentra una casa de las Hijas de la Caridad, y un día Catalina, aprovechando la coincidencia, visita a la Superiora, le habla de su vocación, y ésta la acepta. De forma que el 20 de enero de 1830, tras conseguir con esfuerzos el consentimiento de su padre, es recibida como postulante en el Hospicio de Caridad de Châtillon-sur-Seine; en abril de este mismo año Catalina franquea la gran puerta de la Casa Madre de las Hijas de la Caridad de la rue du Bac de París para empezar su período de formación.

Fue en la primavera de 1830, en puertas de la revolución de julio, cuando despuntaron las primeras flores místicas de su vida.

“Yo tenía, dice, la dulce consolación de ver el corazón de San Vicente sobre el pequeño relicario de la capilla de las hermanas. Los tres primeros días lo vi blanco, color carne, lo que anunciaba la paz y la calma, la inocencia y la unión. Los tres días siguientes lo vi rojo fuego, como para significar la caridad encendiendo los corazones, llevando, me pareció, a la comunidad entera a renovarse y extenderse hasta los confines del mundo. Los tres últimos días lo vi rojo-negro, lo que me llenaba de pena. Me traía tristezas casi insuperables que, yo no sé por qué ni cómo, habían llevado a un cambio de gobierno.”

“Fui favorecida con otra gran gracia: la de ver a Nuestro Señor en el Santísimo Sacramento, a veces

en la comunión, a veces cuando estaba expuesto. Vi a Nuestro Señor en el Santísimo Sacramento durante todo mi noviciado, excepto cuando dudaba. La siguiente vez (es decir la vez que seguía al día en que yo había puesto en duda la realidad de mi visión) no veía nada.”

Catalina no ha dado detalles más que de la visión del 6 de junio de 1830.

“Aquel día, dice, Nuestro Señor se me apareció en el Santísimo Sacramento como un rey llevando la cruz en su pecho. En un momento dado, le creí ver despojado de todos sus ornamentos reales; todo, incluso la cruz, cayó por tierra a sus pies. Fue entonces cuando tuve los pensamientos más tristes. Creí, en efecto, que el rey de la tierra iba a ser destronado y despojado de sus reales insignias, y me vinieron a la mente toda clase de ideas imposibles de expresar sobre las desdichas que de ello resultarían.” (Hagamos notar, con Jean Guitton, que la revolución tuvo lugar los días 27, 28 y 29 de julio de aquel mismo año.)

(Las apariciones de la Santísima Virgen tuvieron lugar en julio y noviembre de 1830. De ellas transcribimos, más abajo, la explicación escrita por la Santa, a instancia de su confesor, el P. Aladel, muchos años después de ellas.)

El P. Aladel permanece excéptico ante las visiones de la novicia, cree que son fruto de su imaginación, pero Catalina insiste, una vez tras otra, diciendo: “La Virgen no está contenta”. Algunas semanas más tarde, molesto por la insistencia de su penitente, el P. Aladel se entrevista con el arzobispo de París, Monseñor Quélen. Éste no encuentra en todo ello nada opuesto a la Fe, y autoriza acuñar la Medalla. Las primeras se reparten en mayo de 1832, pronto se habla de múltiples curaciones y conversiones.

La vida religiosa de Santa Catalina prosigue sin originalidades, se hace realmente “la Santa del deber de estado y del silencio” como la llamó Pio XII. Poco después de su toma de hábito abandona la Casa Madre de la Rue du Bac. Sus superiores la destinan al asilo de ancianos de Enghien, donde pasará toda su vida, sólo un jardín separa su nuevo destino del anterior. La misma superiora dirige las dos casas.

Así prosigue su vida de oración y de trabajo. De oración: “cuando voy a la capilla, me pongo delante del buen Dios y le digo: Señor, heme aquí, dadme lo que queráis. Si me da algo, estoy contenta y le doy gracias. Si no me da nada, también se lo agradezco porque no merezco nada. Después le digo todo lo que se me ocurre, le cuento mis penas y mis alegrías, y le escucho”. De trabajo “manos a la obra y el corazón a Dios”.

En 1876 sus fuerzas faltan: “No veré el año que viene” dice. Privada de su confesor habitual, es Sor Dufès, superiora de la casa de Reuilly, quien recibe sus confidencias. El 31 de diciembre, a los 70 años, sor Catalina muere dulcemente. “Apenas pudimos apercibirnos de que había dejado de vivir, diría más tarde sor Dufès, nunca he visto una muerte tan dulce y tranquila”.

Su cuerpo incorrupto reposa actualmente bajo el altar de la Virgen del Globo, donde se le apareció, en la Capilla de la rue du Bac.

El 11 de diciembre de 1907 el Papa Pío X firmaba en Roma, ante la Sagrada Congregación de Ritos, el decreto de introducción de la causa Beatificación y de Canonización de Catalina Labouré, que tomaba entonces el título de Venerable.

El 13 de febrero de 1933, con ocasión del decreto sobre los milagros propuestos para la Beatificación, el Papa Pío XI pronunciaba estas palabras: “La vida de la Venerable Catalina Labouré es una vida de silencio, de humildad, porque naturalmente está oculta por las condiciones mismas de su existencia y respondiendo a la naturaleza de este ser privilegiado. Es de una naturaleza en la que una mirada superficial no habría visto nada extraordinario. Y sin embargo, bajo un velo de olvido de ella misma, de humildad, de pura y cándida piedad, llevaba una vida de laboriosa actividad. Basta recordar sus cuarenta años pasados en medio de ancianos y enfermos...

...Hoy vivimos volcados al exterior, por lo tanto es necesario para la vida cristiana un poco de vida oculta. Nos no conocemos (puede ser que exista, pero nos confesamos nuestra ignorancia) un ejemplo más brillante de vida escondida que el de esta alma que durante tantos años permaneció en la sombra, oculta con María y Jesús”.

El 28 de mayo de 1933, Pío XI la declaraba Beata, y el 26 de mayo de 1947, su Santidad Pío XII ordenaba la lectura, en su biblioteca privada, del decreto sobre los milagros propuestos para la canonización. El texto decía: “Los honores que la Santa Iglesia otorga a Catalina Labouré en el día de la beatificación, tanto como los otros milagros operados por el poder divino desde su beatificación, son una manifestación de la recompensa real, el Cielo, que Dios otorga a su humilde sirviente”. Finalmente, el 27 de julio de 1947, menos de cuarenta años después de la introducción de la causa, años atormentados por dos guerras mundiales, la Iglesia nos ha hecho conocer, por la voz de Su Santidad Pío XII, su pensamiento definitivo y nos ha concedido el derecho de invocar públicamente a Santa Catalina Labouré.

APARICIONES

APARICIÓN DE LA NOCHE DEL 18 AL 19 DE JULIO DE 1830

“Me dormí pensando que San Vicente me obtendría la gracia de ver a la Santísima Virgen. Por fin a las once, a media noche, oigo que me llaman por mi nombre: ¡Hermana, hermana, hermana! Al despertarme miro hacia el pasillo, corro la cortina, veo a un niño vestido de blanco, de cuatro o cinco años poco más o menos, que me dice: “Levantáos de prisa y venid a la capilla, la Santísima Virgen os espera”. En seguida me viene un pensamiento repentino, que es escuchado. El niño me responde: “Estad tranquila, son las once y media, todo el mundo duerme, venid, os espero”. Me he dado prisa en vestirme y me he ido junto al niño que estaba esperando sin ir más allá de la cabecera de mi cama. Me ha seguido, mejor, yo le he seguido a él, siempre a mi izquierda, llevando rayos de luz por donde pasaba; las luces estaban encendidas por donde nosotros pasábamos, lo cual me extrañaba mucho, pero me he sorprendido mucho más cuando he entrado en la capilla; la puerta se ha abierto apenas el niño la ha tocado con la punta del dedo; pero mi sorpresa ha sido mucho más completa cuando he visto todos los cirios y los candelabros encendidos; esto me recordaba la misa de medianoche. Sin embargo no he visto a la Santísima Virgen. El niño me conduce por el santuario, al lado del sillón del Señor Director, y allí me he puesto de rodillas; el niño ha estado de pie todo el rato.

Como encontraba el tiempo largo, miraba si las veladoras pasaban por la tribuna... Por fin la hora ha llegado; el niño me dice: “Aquí está la Santísima Virgen, hela aquí”... Oigo como un ruido, como el roce de una ropa de seda que viene por el lado de la tribuna, cerca del cuadro de San José, se coloca sobre las gradas del altar al lado del Evangelio, en un sillón semejante al de Santa Ana, sólo que la Santísima Virgen no tenía la misma figura que Santa Ana. Yo dudaba si era la Santísima Virgen. Entretanto el niño que estaba allí me dice: “He aquí a la Santísima Virgen”. En este momento me es imposible decir lo que yo experimenté, lo que pasó en mi interior. Me

parecía que no veía a la Santísima Virgen... Es entonces cuando este niño me habla, no como un niño sino como un hombre, el más fuerte, con las palabras más fuertes. Entonces, mirando a la Santísima Virgen, he dado nada más que un salto cerca de ella, de rodillas sobre las gradas del altar y las manos apoyadas sobre las rodillas de la Santísima Virgen...

Allí transcurrió un tiempo, el más dulce de mi vida; me parece imposible decir todo lo que yo sentí. Ella me dice cómo me debía portar con mi director y muchas cosas que no debo decir; la manera de cómo me he de conducir en mis penas mostrándome con la mano izquierda el pie del altar: venir y postrarme allí, derramar mi corazón; allí yo recibiré todas las consolaciones que necesite... Allí le he pedido qué significaban todas las cosas que había visto y ella me lo ha explicado todo. Allí me he quedado no sé cuánto tiempo; cuando se ha marchado no he percibido más que algo que por fin se apaga, nada más que una sombra que se dirigía por el lado de la tribuna por el mismo camino que había llegado.

Me he levantado de encima de los peldaños del altar y he visto al niño donde yo lo había dejado, él me dice: Ella se ha marchado... hemos vuelto a tomar el mismo camino, siempre todo alumbrado, con el niño siempre a mi izquierda. Creo que este Niño era mi Ángel de la Guarda, que se había vuelto visible para hacerme ver a la Santísima Virgen, ya que se lo había pedido mucho para que me obtuviera este favor. Estaba vestido de blanco, llevando una luz milagrosa con él, es decir que estaba resplandeciente de luz, poco más o menos de cuatro o cinco años.

Vuelta a mi cama, eran las dos de la mañana, he oído sonar la hora. Me he vuelto a dormir en seguida.

PALABRAS DE LA VIRGEN

“Mi niña, el buen Dios quiere encargarnos una Misión. Tendréis penas, pero las remontaréis, pensando que lo hacéis por la gloria del buen Dios. Conoceréis lo qué es del buen Dios, seréis atormentada hasta

que lo hayáis dicho a aquel que está encargado de guiaros. Sufriréis contradicciones, pero tendréis la gracia, de ningún modo temáis. Decidlo todo, con confianza, lo que os pasa, decidlo con simplicidad, tened confianza, no temáis.

Veréis ciertas cosas, haced según veáis y entendáis. Seréis inspirada en vuestras oraciones. Haced lo que os digo, según lo que veáis en vuestras oraciones. Los tiempos son muy malos, las desgracias caerán sobre Francia, el trono será derribado, el mundo entero será derribado por toda suerte de males (la Santísima Virgen tenía un aire muy triste diciendo esto) pero venid al pie de este altar, aquí las gracias serán repartidas particularmente a las personas que las pidan.

Mi niña, quiero repartir las gracias sobre la comunidad en particular, la quiero mucho. Tengo pena, hay grandes abusos en el reglamento, las reglas no son observadas. Gran relajamiento en las dos comunidades. Decidlo a aquél que está encargado de vos, que no sea superior; será encargado de una manera particular de la comunidad, debe hacer todo lo posible para volver a poner la regla en vigor. Decidle de mi parte que vele sobre las malas lecturas, la pérdida de tiempo y las visitas.

Cuando la regla sea puesta en vigor habrá una comunidad que vendrá a reunirse a la comunidad, esto no es la costumbre pero yo las quiero. Decid que se las reciba; Dios las bendecirá, gozarán de una gran paz.

La comunidad gozará de una gran paz, se hará grande.

Pero grandes desgracias llegarán, el peligro será grande, sin embargo no temáis, decid que no teman. La protección de Dios está siempre aquí de una manera muy particular y San Vicente os protegerá (la Santísima Virgen estaba siempre triste), pero estaré yo mismo con vosotras, tengo siempre la vista sobre vosotras, os otorgaré muchas gracias.

El momento llegará, el peligro será grande, se creará todo perdido; aquí, estaré con vosotras, tened confianza. Agradeceréis mi visita, la protección de Dios sobre la comunidad y de San Vicente sobre las dos comunidades.

Tened confianza, no os desalentéis, estaré con vosotras.

Pero no es lo mismo con otras comunidades, habrá víctimas (la Santísima Virgen tenía lágrimas en los ojos al decir esto). En el clero de París habrá víctimas, Monseñor el arzobispo (con este nombre las lágrimas de nuevo).

Mi niña, la cruz será despreciada, se la tirará por

tierra, la sangre correrá, se abrirá de nuevo el costado de Nuestro Señor, las calles estarán llenas de sangre. Monseñor el arzobispo será despojado de sus vestiduras. (Aquí la Santísima Virgen no podía hablar más, la pena estaba pintada en su rostro), mi niña, me decía, el mundo entero estará triste. Con estas palabras, pensaba ¿cuándo será esto?... Tenía bien cumplidos los 40 años. Por este motivo, M. Aladel me contestó: ¿Sabéis si estaréis y yo también? yo le respondí: otros estarán si nosotros no estamos”.

APARICIÓN DEL 27 DE NOVIEMBRE DE 1830

“El 27 de noviembre de 1830 el sábado antes del primer domingo de Adviento, a las cinco y media de la mañana, después de meditación, me ha parecido oír un ruido, del lado de la tribuna, en el lado del cuadro de San José, como el roce de una ropa de seda. Al mirar hacia este lado, he visto a la Santísima Virgen a la altura del cuadro de San José. La Santísima Virgen estaba de pie, vestida de blanco, con un vestido de seda hecho de blanca aurora, con mangas lisas, con un velo blanco que caía hasta abajo, por debajo del velo he visto sus cabellos en diadema debajo de un encaje más o menos de tres centímetros de alto, sin frunces, es decir apoyada ligeramente sobre sus cabellos; la figura bastante descubierta, los pies apoyados sobre un globo, mejor dicho, la mitad de un globo, o menos, no me ha parecido más que la mitad, y después teniendo una bola en sus manos, que representaba el mundo, tenía las manos levantadas a la altura del estómago de una manera muy cómoda, los ojos elevados hacia el Cielo. Su figura era muy bella, no puedo describirla... Y después de repente he apercibido anillos en sus dedos, revistidos de pedrerías más bellas las unas que las otras, las unas más grandes y las otras más pequeñas, que echaban rayos más bellos los unos que los otros. Estos rayos salían de las piedras, de las más grandes los más grandes rayos, siempre ensanchándose hacia abajo, llenaba todo el bajo, no veía sus pies... En este momento, donde yo estaba para contemplarla, la Santísima Virgen baja los ojos mirándome. Una voz se dejó oír que me decía estas palabras; Esta bola que veis representa el mundo entero, particularmente Francia ... Y cada persona en particular ... Aquí, no se expresarme sobre lo que he experimentado y lo que he visto: la belleza y el resplandor, los rayos tan bellos ... Esto es el símbolo de las gracias que reparto sobre las personas que me las pidan. Haciéndome comprender cuán agradable era pedir a la Santísima Virgen y cuán gene-

rosa era Ella para con las personas que le piden... cuántas gracias otorga a las personas, que se las piden, que gozo experimenta otorgándolas ... En este momento no sabía dónde estaba ... gozaba ... no sé.

Se formó un cuadro alrededor de la Santísima Virgen, un poco ovalado, en donde había, en lo alto del cuadro estas palabras: O María sin pecado concebida, rogad por nosotros que recurrimos a Vos —escritas en letras de oro. Entonces se dejó oír una voz que me dijo: Haced, haced grabar una Medalla según este modelo, todas las personas que la lleven recibirán grandes gracias llevándola al cuello, las gracias serán abundantes para las personas que la llevarán con confianza...

Al instante me ha parecido que el cuadro giraba y he visto el reverso de la Medalla. Inquieta por saber lo que había que poner en el reverso de la Medalla, felizmente después de ruegos, un día en la meditación, me ha parecido oír una voz que me decía: “La «M» y los dos Corazones dicen suficiente”.

Ahora después de dos años, escribe Catalina al P. Aladel: “estoy atormentada y oprimida por deciros que hay que levantar un altar, tal como os he pedido, en el lugar donde la Santísima Virgen se apareció; tendrá el privilegio de muchas gracias e indulgencias. Y gran abundancia de gracias para vos y toda la comunidad y todas las personas que vendrán a pedir las”.



SIMBOLO DE LA MEDALLA

No con ánimo de agotar el tema, sino mejor con la intención de suscitar más extensos y profundos pensamientos queremos reflexionar sobre el posible contenido de los símbolos de la Medalla Milagrosa, inspirados sobre todo en el libro de Jean Guittou.

Si un teólogo sabio y santo se propusiera acuñar

una moneda queriendo expresar en su simbolismo el remedio y solución de los males y problemas de nuestro mundo, merecería sin duda que su obra fuera cariñosamente interpretada y estudiada. Si dicho teólogo hiciera ésto después de haber consultado los coros de los ángeles y hasta la mismísima intimidad de la

Santísima Trinidad, tendríamos en su obra el sello de la infalibilidad. Nada menos que la Hija del Eterno Padre, la Madre del Divino Hijo, la Esposa del Espíritu Santo y la Reina de los Ángeles ha querido transmitirnos su mensaje de esta manera: “Se dejó oír una voz que me decía: Haz, haz acuñar una medalla según este modelo”.

EL GLOBO Y LA SERPIENTE

El globo a los pies de la Inmaculada significa el mundo, y el universo entero. Enaltecida por Dios hasta situarse encima de toda criatura, María es reina de los ángeles y de los hombres, de los bienaventurados, de los condenados y de los demonios. Satanás, que en forma de serpiente, intenta durante todos los tiempos invertir el plan divino, es vencido por el talón de María, que según San Luis María Grignón de Monfort representa a sus humildes esclavos y a sus pobres hijos, pequeños y pobres según el mundo, hollados y oprimidos como el talón, pero ricos de las Gracias que María les distribuirá abundantemente, como expresan los rayos que emanan de las manos de la Virgen en la Medalla Milagrosa.

La imagen de María, sobre la serpiente y el mundo es el resumen de la obra de la Creación, de la historia de la salvación y de la Gracia. El universo no está huérfano de Madre. La idea de que María tiene relación con la totalidad del ser, siendo así como una figura de la Sabiduría creadora, es recogida por la liturgia en la biblia y la tradición. María es como un modelo o matriz universal, que Dios produce como criatura privilegiada para luego desgranar la exuberante cascada de las perfecciones de las criaturas, sobre todo en el mundo de la gracia.

Nos dice San Luis María Grignón de Monfort que es necesario que el verdadero hijo de la Iglesia tenga a Dios por padre y a María por madre, y el que se jacte de tener a Dios por padre, sin la ternura de verdadero hijo para con María, engañoso es, que no tiene más padre que el demonio. Este mismo santo dice que María es el gran molde de Dios hecho por el Espíritu Santo para formar al natural un Dios hombre por la unión hipostática, y para formar un hombre Dios por la gracia. Viene a ser como si para esto y para todo Dios comunique sus perfecciones a las criaturas a través de María, como un padre comunica su ser al hijo a través de la madre.

La Inscripción. “Oh María sin pecado concebida,

rogad por nosotros que recurrimos a Vos”, es la inscripción que enmarca la imagen de la Virgen. Este “María sin pecado concebida” será corroborado en Lourdes el 25 de marzo de 1858, como dice el P. Kolbe, beatificado en 1972: “Yo soy la Inmaculada Concepción”.

Este es el dogma más consolador de los referentes a María. Su belleza propia dimana de su Inmaculada Concepción. La demostración más ostentosa del poder y la eficacia de la salvación que nos viene por Jesucristo es la inocencia de María. Es precisamente María Inmaculada la que debe rogar por nosotros, los que recurrimos a Ella porque reconocemos que la salvación no está al alcance de nuestras fuerzas y en cambio sí al de las suyas por el poder y el querer de Dios.

CRISTIANDAD Y LA MEDALLA MILAGROSA

La inicial de María entrelazada con el pedestal de la Cruz, la corona de doce estrellas, símbolo apocalíptico, preludio de la manifestación gloriosa del Verbo de Dios hecho hombre, los corazones encendidos de amor, uno coronado de espinas y otro atravesado por una espada de dolor, vienen a ser como una representación gráfica del lema de nuestra revista: “Al reino de Cristo por la devoción a los corazones de Jesús y de María”.

LAS DOCE ESTRELLAS

Fátima, Lourdes y tantas otras apariciones de la Santísima Virgen, no deben considerarse inconexas. La Virgen es la misma, y su criterio único, a la hora de manifestar sus cuidados por los hombres. Recordemos que Santa Bernardette, que llevaba sobre sí la medalla milagrosa, declaró: “La Señora de la gruta se me apareció tal como está representada en la medalla milagrosa”. En 1954, centenario de la definición dogmática de la Inmaculada Concepción, la Santa Sede hizo acuñar una medalla conmemorativa con las imágenes de la medalla milagrosa y de la gruta de Lourdes. Aunque sólo sea a modo de primicias, puede muy bien ser que todas estas mariofanías vengan a constituir la gran señal que se ve en los cielos, La Mujer vestida de sol, con la luna bajo los pies, por doce estrellas coronada. Las doce estrellas de la medalla milagrosa son las doce estrellas del apocalipsis. Los que la llevan al cuello, manifiestan sensiblemente su deseo de ser pe-

destal de María, Madre del Rey de reyes y Señor de los que dominan, el Señor nuestro, Jesucristo Hijo de Dios, el día de su gloriosa aparición entre las nubes del cielo.

A. M. D. G.

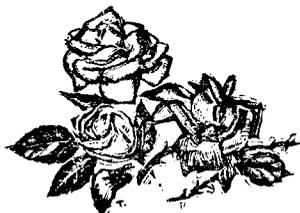
Alba naixent d'estrees coronada,
Ciutat de Déu que somnià David,
a vostres peus la lluna s'és posada,
lo sol sos raigs vos dóna per cedit.

(*Violai; J. Verdaguer*)

Bibliografía

- Rue du Bac ou la superstition dépassée. Jean Guitton. Ed. SOS. París 1973.
- La Sainte du Silence et le Message de Notre-Dame. París 1968.
- J'ai vu... Christiane Fournier. Ed. Gigord. París 1966.

MANUEL M.^a DOMÉNECH



S U M A R I O

- NADALA, Joan d'Ordal.
- LOS FRESCOS DE IGNACIO M.^a SERRA GODAY EN EL ÁBSIDE DE LA IGLESIA DE N.^a S.^a DE LA ALEGRÍA DE TIANA, Ignacio M.^a Serra Goday.
- IMPORTANCIA DE SANTA MARGARITA MARÍA ALACOQUE EN EL CULTO AL CORAZÓN DE JESÚS, Casimiro Puig, S.I.
- LA MEDALLA MILAGROSA Manuel M.^a Doménech Izquierdo.
- COMO "VIVIA" SANTA TERESA DE LISIEUX DEL APOSTOLADO DE LA ORACIÓN. (Frag. de una carta).
- PROGRESO VERDADERO Y PSEUDO-PROGRESO, Roberto Cayuela, S.I.
- ¡SI CONOCIERAS EL DON DE DIOS! Fray Antonio de Lugi, O.S.H.
- PISOTEAR LOS LIRIOS, Carlos Callejo.
- AL MEDIO SIGLO — 1917 EN LA TEOLOGÍA DE LA HISTORIA — 1919 COMIENZA LA POSTGUERRA SU CARÁCTER — XLIV, Luis Creus Vidal.
- EL MISTERIO DE ISRAEL, A. Richard.



Año XXX - NUMERO 514
BARCELONA
DICIEMBRE 1973
Depósito legal: B. 15860 - 1958

ADMINISTRACION: Lauria, 15, 3.^o-(10)
Teléfono 221 27 75

Director: Fernando Serrano Misas

AL MEDIO SIGLO

1917, EN LA TEOLOGIA DE LA HISTORIA

XLIV

1919. - COMIENZA LA POSTGUERRA. SU CARACTER

Antes de acometer la última parte de este ya quizá demasiado largo trabajo nuestro, queremos iniciarlo con una especie de resumen de cómo se presentaba Europa —por no decir el mundo entero— tras la tremenda conmoción que ahora pretendía convertirse —¡oh, que ironía!— en una pretendida Paz, la “Paz” derivada de Versailles.

Nos ha parecido hoy, para autorizarnos mejor en nuestros artículos sucesivos, recurrir a una cita preciosa que disponemos. La del primer capítulo de una obra básica y orientativa, a nuestro juicio quizá la que mejor enjuicia la trágica situación y caos que caracterizaba la nueva Época que ahora surgía. Nos referimos a “La Faillite de la Paix”, de Maurice de Baumont, que puede consultarse en nuestra biblioteca de “SCHOLA CORDIS JESU”. Dice así:

El desorden político

«El espíritu democrático parecía ser (1919-1920) el vencedor principal en una guerra que había degenerado en Revolución. La victoria de los aliados estaba considerada como la de las Democracias, de las que se celebraba el advenimiento universal. Deschanel exclamaba en 1919: “En todas partes, en el mundo libre, la democracia ha vencido, en tanto que la autocracia se derrumbaba”. Tres grandes Imperios habían sido derribados. Se oía, en Alemania, el resquebrajamiento apocalíptico de todos los tronos. Saludadas con júbilo, las revoluciones que acompañaban al armisticio tomaban la forma republicana.»

“Entre la monarquía, que ya se hacía imposible, y la república, que aún había que organizar, unos años de transición tempestuosa abrían un difícil período de conflictos, de represiones, de luchas civiles.”

«Aun y todo, si no se hubiese producido la revolución rusa, las llagas de la guerra y las consecuencias de la paz debían acarrear crisis de adaptación, ricas en toda suerte de agitaciones. Dentro de una Europa confusa, que se aparecía al propio Massaryk como “un laboratorio edificado sobre un vasto cemen-

terio”, no había que esperar sino gravísimos embarazos. Era imposible creer en una paz reconquistada, al ver estallar de nuevo tantas nuevas guerras locales. Dominando su política interior, las preocupaciones exteriores de numerosos países acarrearaban una inseguridad que acentuaba la exasperación de los conflictos sociales. Las transformaciones que se operan dentro de los Estados tienen casi tanta importancia como los cambios de fronteras: ello solo ya explica la fiebre de la postguerra. Saliendo de años sangrientos, los pueblos aparecen como corroídos por una como levadura revolucionaria, cuya fermentación, más o menos visible según los países, agita perdidamente las gentes. Los ejércitos, aún no desmovilizados, expresan su impaciencia. Estallan huelgas dentro de las masas que sienten repugnancia a reemprender el trabajo, sin dejar de reivindicar sus aumentos de salario. El orden social está trastornado. Las viejas instituciones se agrietan; en todas partes, las peripecias nacionales plantean el problema de la revolución. Incluso los países mejor gobernados atraviesan crisis. Por un movimiento espontáneo surgen nuevos partidos políticos ávidos de formas nuevas más o menos efímeras, que, a la vez que proclaman caducadas las disputas escolásticas de antaño, no saben sino discutir ardientemente.»

«Habiendo la guerra dado ocasión a inmensas colectividades, se asiste a un empuje creciente e intenso de socialización. Aparecen vastas reformas agrarias en no pocos puntos de Europa. La idea socialista acucia los espíritus, profundamente perturbados por la guerra y por el desequilibrio general que la sucedió; condenando el cuadro político, económico y social en que vivían los Estados, parecía destinada a destruirlos. Dentro las naciones vencidas y humilladas, el socialismo arrastra las viejas estructuras. Desde 1917, pretende triunfar radicalmente en Rusia con la dictadura del proletariado que, del propio desorden universal, pretende también hacer surgir, doquier, una renovación total de la sociedad. La sociedad-democracia reina en Alemania, donde “una revolución de agua de rosas” ha engendrado una república imperial. Los

socialistas participan en el poder en Hungría y en Austria, país especialmente vulnerable, la mayor víctima del cataclismo revolucionario de la guerra, donde el equilibrio social es frágil, y la miseria indescribible. Años atroces llevaban al desastre que coronaba la revolución, vencidos, desaparecen los antiguos combatientes; la "debâcle" de toda ilusión acarrea el deseo de nuevas políticas; pese al cansancio universal, todo debe cambiar, y Moscú fomenta estos anhelos de pretendida renovación. Todos estos prejuicios renovadores explica a la vez, por ejemplo, la dictadura campesina que se instala en Bulgaria, y la república que se proclama en Grecia.»

«En aquellos países en los que las instituciones representativas se hallan más arraigadas, si el espíritu de revolución de las masas se manifiesta con mayor discreción sin derribar los regímenes existentes, la marea obrera hace crecer vertiginosamente la influencia política de los socialistas, que colaboran en el gobierno de numerosos Estados, incluso dentro de los que han recogido los frutos de la victoria; tal en la Gran Bretaña, donde antaño el socialismo no contaba como fuerza política, o en Francia, aun cuando momentáneamente sin alcanzar rango gubernamental. Pero, sobre todo, en Italia, donde sus tendencias anarquizantes provocan un "choc" que será origen del Fascismo.»

«En tanto que Italia está conquistada por tal revolución, los nuevos regímenes democráticos logran a duras penas consolidarse en una gran parte de Europa, consciente del horror de su situación. En Rusia, el bolchevismo hace escuela dentro del desorden europeo.»

El desorden económico

«Con el terror ruso, la inflación monetaria domina la evolución del continente, que a duras penas intenta reorganizarse sobre bases inciertas.»

«Los hechos económicos pesan enormemente sobre los mañanas del conflicto mundial, y quizá tanto como los factores políticos y psicológicos; su liquidación financiera obstaculizará la aplicación de los tratados. Cuando el armisticio, se esperaba reconstituir el pasado, que era mirado como un "paraíso perdido"; a la larga, se vino en cuenta de que la cosa era ya imposible. La "dolce vita", cuyo recuerdo aureolaba la ante-guerra, ya no resucitaba.»

«Después de haberse penosamente adaptado a las condiciones económicas de la guerra, el mundo debía volver a las múltiples actividades del tiempo de paz, y transformar en industrias pacíficas las explotaciones

nacidas de necesidades bélicas. Tales reajustes bélicos no podían operarse sin perturbaciones graves que los efectos de la lucha perpetuaban: la producción al iniciarse la paz, seguía llevando la impronta impuesta por la guerra.»

«En el mañana de tan largo caos bélico, fértil en destrucciones masivas, la falta de aprovisionamientos, la penuria en general. Los medios de los beligerantes se habían llevado a una explotación extrema. Era necesario reorganizar la producción, restaurar los escombros, renovar o preparar todo el aparellaje industrial demasiado explotado, las vías férreas mostrando su "surmenage", restaurar inmuebles, reconstituir stocks. Las fábricas, de nuevo ante su labor futura de paz, parecían fuera de combate para atender a una demanda indefinidamente creciente. Sacudida por la guerra que había excitado el anhelo de una vida cómoda, la población se lanzaba a compras a fin de satisfacer una dieta tanto tiempo contenida. Existía un fantasma: la falta de materias primas y de alimentos. Evocando los desastres de la Guerra de los Treinta Años, el hambre amenazaba los pueblos que más habían sufrido con los años de bloqueo; singularmente el Austria. De otra parte, aparecía un confusiónismo entre las necesidades momentáneas de reconstrucción, y las regulares de consumo. La oferta no se adaptaba a una demanda hiperbólica; los precios de producción se enzarzaban en el espiral de alza; los millones de combatientes, de momento, no tenían dificultad en hallar puestos de trabajo. La industria parecía convalecer rápidamente de la enfermedad de la guerra. Se anunciaba un fogoso movimiento de prosperidad, un "rush" en los negocios. Por consejo de Loucheur, Ministro de la Reconstrucción nacional, se entonaba en Francia "el himno a la producción".»

«Sin embargo, y a pesar de esto, en mayo de 1920 la situación cambia totalmente: bruscamente la demanda se hace inferior a la oferta. El paro obrero se presenta, inesperado ante tanta energía humana. A la crisis de sub-producción anterior sucede otra de sub-consumo, con aglomeración de stocks. Los precios se desinchan. Aparecen "krachs" y quiebras. Muchas fortunas de guerra se volatilizan, aun cuando de ello pueda resaltar una manera de sanar los negocios. Tras esta sacudida vuelve, un tanto, la normalidad. Pero la alerta ha sido viva: ella ha sacudido tanto el Extremo Oriente como el Nuevo Mundo; de todos modos, la economía mundial ha resistido este "choc", y vuelve una cierta estabilidad que estimula la producción de materias primas, pero que un próximo porvenir hará parecer excesiva. De otra parte, por des-

gracia, entre los diversos países, las discordancias son profundas. Ya que las condiciones normales de competencia, tal como existían antes de 1914, ya no pueden ser restablecidas, y cada economía nacional practica y utiliza medios totalmente distintos. La unidad en la economía mundial ha quedado rota.»

«Y es que Europa ha entrado en una fase de desórdenes monetarios, y éstos vienen a confluír con los políticos y la inestabilidad social. Europa sufre de las cargas derivadas de las deudas de guerra, y con ellas las pensiones, la restauración de los territorios invadidos, la reconstrucción de las regiones devastadas. La mayor parte de Estados, a los que el acudir al préstamo y a la deuda no es suficiente, recurren a la emisión, sin cesar, de billetes, de bonos del tesoro, practicando todas las formas de quiebra imaginables. He aquí la tragedia financiera: tras la guerra, la inflación. La crisis de los cambios, por paradoja, llega a grados que se habían podido evitar en plenas hostilidades. Incluso los Aliados renuncian a los vínculos de solidaridad que los habían unido; desde marzo de 1919, el egoísmo triunfa con la ruptura de sus acuerdos monetarios: de un golpe, en relación con el dólar, la libra inglesa cede en un quinto, el franco en no menos que la mitad. Durante el período crítico que se extiende desde el fin de 1923 hasta los principios de 1924, la inflación desencadena un carnaval monetario sin precedentes. El continente europeo, da el espectáculo de situaciones financieras desesperadas. Arrastradas al abismo, las monedas de Europa central y Oriental (quizá con la excepción de Checoslovaquia), pierden todo valor: el Leu rumano cae a una cuarenta-ava parte y el Marco alemán a una milmillonésima. No hay que decir que ya no existe mancomunidad ninguna entre un país y otro. Una inestabilidad perpetua agrava estos tremendos altibajos: la crisis de los cambios acaba de desorganizar toda relación económica internacional.»

«Momentáneamente, la inflación genera toda clase de facilidades. Siempre comienza bien, pero acaba mal. Asegura a los productores la ilusión de prosperidad, ya que la baja monetaria representa una prima para la exportación. Los países que no pueden mantener la salud de su moneda, momentáneamente pueden consolarse con el crecimiento de su actividad. Pero las facilidades de exportación que engendra una decadencia financiera, reposan, a fin de cuentas sobre las propias dificultades de existencia. Es verdad que, pasado un tiempo de malestar, una nueva caída monetaria aporta una nueva reacción, que dura hasta

que los precios interiores se adaptan a los cursos exteriores. Pero la depreciación monetaria que, golpe tras golpe, reanima así la actividad industrial, ejerce a la larga una acción funesta. Aún y moderada, tal depreciación, si no llega a la catástrofe, reduce considerablemente los beneficios del comercio exterior: las empresas experimentan pronto una verdadera descapitalización. Pierden, por así decir, sustancia. Para preverlo, es cierto que las empresas aumentan su utillaje y abusan en inmovilizaciones, pero necesitan, a su vez, inmensos créditos, a fin de procurarse los capitales circulantes indispensables. Los bancos no son suficientes, y los fondos huyen, por lo mismo, a otros países-refugio».

«Al propio tiempo, y a su vez, el alza de los precios, dígame lo que se quiera, paraliza el poder de consumo. Una buena parte de las compras se reduce a pura especulación. La caza hacia valores auténticos, es objeto de masas que tienen desconfianza en su propia moneda. Y así, volviendo a 1920, y años sucesivos, vemos que la producción, en definitiva, la producción "verdad" no había vuelto a alcanzar los niveles de 1913: la duración e intensidad del trabajo ha disminuido, y el desorden de los cambios ha provocado una proliferación de intermediarios. Abandonando el orden económico a fatalidades fantásticas, provoca, dentro de una fermentación general, las bruscas contradicciones de una inestabilidad social que da la impresión de un cuarteamiento universal, engendrando tremendos sufrimientos. Ya hemos hablado de su prototipo: el derrumbamiento del Marco en Alemania, donde, por así decir, toda la circulación fiduciaria en enero de 1923 (trillones de Marcos) no sería "suficiente para la compra de una costilla en el mercado". En medio de las orgías de esta inflación, la moneda ya no sirve para las transacciones normales. Ya no se puede contar con ella. ¿Quién subirá más aprisa, los salarios o los precios? Así las ventas desaparecen en lo interior de estos países víctimas, se vuelve al trueque, y cesa todo comercio exterior. Las industrias se abocan al paro total, y con ellas, los trabajadores. Los rentistas quedan arruinados, las clases medias hambrientas. Toda una clase de la población gime bajo estas desastrosas aventuras, bajo el reino del fraude y de la especulación.»

«Para no pocos países de la Europa central y oriental, en los años que llamamos "veinte" (de 1920 en adelante), en pleno caos y convulsiones económicas, esta época ha dejado un recuerdo aún más sombrío que los propios de la guerra.»

LUIS CREUS VIDAL

EL BIELDO Y LA CRIBA

EL MISTERIO DE ISRAEL

La resurrección del pueblo judío como estado podría parecer como extremadamente ambigua, desde el punto de vista cristiano, y aún bíblico, puesto que tiende naturalmente a dar cuerpo de nuevo el viejo sueño de un nacionalismo imperialista, de una dominación política terrenal, contra la que los últimos grandes profetas de Israel han puesto con frecuencia en guardia a su pueblo, aunque se servían todavía de imágenes del orden político para anunciar una universal Realeza de Dios y de su Cristo.

La algarabía de las escaramuzas teológicas sobre la significación exacta de Israel ha amainado un poco desde que el trueno de una nueva guerra árabe-israelí acaba de conmover todo el mundo. Y de nuevo el caso de Israel se encuentra planteado, pero esta vez con agudeza más lacinante ante la opinión universal.

Se dan cuenta de golpe que se puede tratar no sólo de la única perspectiva de un domingo sin coche, sino de la sequedad devastadora, de la gran sed mortífera de la enorme maquinaria de la sociedad de consumo, privada de su ración vital. Este terror podría convertirse en locura y volver al asalto violento de los pozos prohibidos, con riesgo de una deflagración universal. Ahora mismo, naciones en otro tiempo amigas están prestas a presionar, a rechazar a Israel, esta espina en la carne del mundo.

Entretanto no faltan hombres religiosos, o simplemente espíritus reflexivos que repugnan admitir que la historia sea una absurda proyección de acontecimientos irracionales, privados de toda significación y de toda dirección, que comienzan a preguntarse si la permanencia asombrosa del pueblo de Israel después de veinte siglos de diáspora y sobre todo, su vuelta a la tierra ancestral no constituye un fenómeno irreducible a la explicación natural y que se inscribe en el plan de conjunto de una historia humana dirigida por la Providencia.

Este punto de vista acaba de ser expuesto por Raoul Auclair en "*Histoire et Prophétie*" (1). Se trata en verdad de una inmensa pintura al fresco, composición a la vez ferviente y minuciosa, abarcando todo el desarrollo del período propiamente histórico de la humanidad, esforzándose en develar en cierto modo lo que debe ahora acontecer.

Estaba predicho

El autor, nutrido en la meditación de las Sagradas Escrituras y sobre todo de los profetas de Israel, se inclina particularmente en poner a la luz este "tiempo de las naciones" del que trata frecuentemente la Biblia, y sobre el

cual el Evangelista San Lucas proyecta la luz de una breve y percutante profecía.

"Jerusalén será pisada por los pies de los Gentiles hasta que se haya cumplido el tiempo de los Gentiles"

Para Raouls Auclair, el tiempo de las naciones no judías comenzó con el triunfo de Babilonia sobre el pueblo judío, que representaba entonces el pueblo de Dios. Este "tiempo de las naciones" ha seguido en la era cristiana, puesto que las naciones cristianas salidas del Imperio Romano que había seguido al imperio de Babilonia imperialista del que siguió en cierto modo las terribles fatalidades del viejo mundo con sus guerras y sus injusticias, penetrándolas de las aspiraciones de paz y amor aportadas por Cristo. Pero "el tiempo de las naciones" toca ahora a su fin. Y tendrá que dejar sitio, a través de los dolores de parto, a un mundo nuevo situado esta vez bajo el cayado incontestable de Cristo, porque, en fin, el Seductor de las naciones será reducido a la impotencia por mil años.

Pues el año 1917 señalaría el principio del fin del "tiempo de las naciones", nacido del mundo romano. 1917 es el advenimiento de los dos colosos: América y Rusia que toman el relevo a las viejas naciones de Europa. 1917 es el antiteísmo virulento que toma el poder en el Este, aunque la cosa haya pasado desapercibida para el mundo. 1917 es la "De-

(1) "*Histoire et Prophétie*" por Raoul Auclair. Ed. Latines.

claración Balfour” que reconoce el pueblo judío el derecho a un “hogar nacional” en Palestina. Pero nadie dudó entonces de las repercusiones que ahora estallan ante nuestros ojos. 1917 es, en fin, el año de las apariciones de Fátima que contribuyen a desvelar el sentido escatológico de los grandes acontecimientos ya vividos o por vivir todavía en nuestro siglo.

Algunos autores (2) se esfuerzan hoy por descubrir el fundamento y la significación de tales acontecimientos en nuestros Libros Santos. Sin duda los exégetas de profesión, en general, no lo toman en serio. Lo mismo que la idea esparcida de que las profecías del Antiguo Testamento ya han cumplido su misión en lo que se refiere al destino del pueblo judío. La venida de Jesucristo marcaría el fin de la profecía judaica. A esto se puede responder que San Pablo anuncia la conversión del pueblo judío al fin de los tiempos. Hay pues por lo menos una profecía que se refiere al pueblo judío. Se puede admitir también que la Biblia tiene algo que revelar al humilde cristiano provisto de cierta información exegética que consiste en meditar continuamente, y en la obediencia a la fe de la Iglesia, las páginas sagradas.

Un texto de Ezequiel

En todo caso hay en Ezequiel un texto bien curioso que la Biblia del Pueblo de Dios (3) llama “la época de Gog” ante el cual los exégetas permanecen mudos, se sienten impotentes para proponer

una identificación con alguna persona o país sea el que sea. De este texto Raoul Auclair propone una exégesis impresionante, porque simplemente lo toma por una verdadera profecía, y es evidente que dicha profecía “encaja” ampliamente con el advenimiento de Israel tal como se desarrolla ante nuestros ojos.

He aquí algunos pasajes del libro de Ezequiel que ponen en escena a Gog, el príncipe feroz. El profeta lo apostrofa ya desde entonces:

“Tu vendrás hacia el país cuyos habitantes han escapado a la espada y han sido reunidos entre una multitud de pueblos, sobre las montañas de Israel que fueron largo tiempo una ruina. Después que han sido separados de los otros pueblos, habitan todos en seguridad... Tú dejarás tu residencia del extremo norte, tú y tus pueblos numerosos contigo... tú cargarás contra Israel mi pueblo, tú serás como una nube que recubre la tierra. Esto será al fin de los días. Yo te conduciré contra mi país para que las naciones te conozcan, cuando yo manifestaré mi Santidad a sus ojos por tu intermediario.”

Sin duda sería temerario aplicar estrechamente el sentido profético de los Libros Santos a un acontecimiento todavía en curso. Y Raoul Auclair se guarda de ello. Sin duda también todas las profecías del Antiguo Testamento van más allá del Israel de la carne, para anunciar el Israel definitivo, la Iglesia Santa del Cuerpo Místico de Cristo. Pero esto no impide que tengan una primera significación literal con respecto a un pueblo cuya misión fue precisamente figurar en el tiempo las cosas definitivas de la eternidad.

Dicho esto, mi propósito aquí es reconocer una vía, tal vez es-

trecha, pero real entre la posición maximalista que consistiría en suponer todavía válida una doble Alianza, la de Moisés para los judíos y la de Cristo para el conjunto de los demás hombres; y la posición minimalista que rechaza absolutamente la hipótesis de que el pueblo judío, una vez convertido, pueda aportar al mundo algo de particular, o sea decisivo con miras al progreso del Reino y la preparación de la Parusia del Señor.

Se trataría entonces de una elección situándose en el cuadro de las vocaciones particulares de los diferentes pueblos, incluso si existe una primacía para algunos de entre ellos. Es sin duda para aclarar tal punto de vista que Raoul Auclair termina su obra con dos capítulos sobre “los tribunales espirituales del Reino de Francia”.

La identidad de Israel

En fin, yo querría concluir con algunas reflexiones que desearía hacer llegar a mis amigos de Israel, y también a ciertos católicos muy desconfiados con respecto a los judíos.

No se pueden cerrar los ojos sobre el hecho de que los judíos en todas partes, por gran mayoría, han rechazado no solamente el Cristo sino la misma Thora, y han tomado parte muy importante en la descomposición espiritual y moral del mundo de hoy. Y no puede dejarse de temer que el movimiento sionista se lance a fondo por un camino que los profetas de Israel han señalado como sin salida.

La tentación de Israel será sin duda querer constituir un Estado que sea en todo como los otros Estados, y llegar a ser un pueblo que sea absolutamente como los

(2) Por ejemplo l'abbé Adaire “*Le Messie que j'attends*”.

(3) “*La Bible du Peuple*” Ed. Centurion.

otros pueblos, un pueblo fuerte, poderosamente armado, extendiéndose poco a poco, reuniendo en sus fronteras, dilatadas al máximo, los judíos reunidos de todas las partes del mundo.

Esto sería olvidar que Israel ha tenido la vocación de preparar una era del mundo y que el hecho de ser un pueblo con su lengua y sus riquezas culturales particulares deba ser mantenido, pero que ha venido a ser secundario con relación al hecho de que los pueblos en conjunto, con la plenitud de sus varias aportaciones, deben realizarse en un solo pueblo de Dios.

En la hora tan delicada de las

negociaciones de paz, puede Israel recordar que el Dios, invocado el día del último sangriento Kippour, le pidió sin duda confiarse a Él más aún que a la valentía de sus héroes y a la violencia heroica de sus centuriones. Podría tranquilizar al mundo árabe manifestando claramente su voluntad de atenerse a lo que Balfour llamó "Hogar nacional" absolutamente necesario para salvaguardar sus valores culturales y conservar la pureza de su vocación original, es decir, la verdadera identidad del Israel de la carne, que la conversión a Cristo no debe abolir, sino más bien completar.

Aún sería preciso para ello que

el concierto de todas las naciones garantizase absolutamente la seguridad de este "hogar" cuya existencia aparece tan bien en el plan de la Providencia, si verdaderamente ha de venir un día la conversión profetizada por San Pablo; si verdaderamente debe realizarse la gran profecía de Isaías en el canto 19 encontrado en Qumram y expuesto en Jerusalén en el "Santuario del Libro" como en un tabernáculo:

«Este día Israel, el tercero con Egipto y Asur, será bendecido en medio de la tierra. Yahvé Sabat le bendecirá diciendo "Benditos sean Egipto Asur la obra de mis manos, e Israel mi herencia".»

A. RICHARD

(del *l'Homme nouveau* 18-11-73)

EN EL AÑO SANTO DE 1975

CONGRESO MARIOLOGICO MARIANO INTERNACIONAL

La Pontificia Academia Mariana Internacional nos comunica que en el mes de mayo del próximo año Santo de 1975 se celebrará en Roma por disposición de Paulo VI el próximo Congreso Mariológico Mariano Internacional.

Nos complacemos en anunciar a nuestros lectores esta grata y esperanzadora noticia